



Universidad de Artes, Ciencias y Comunicación
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación
Escuela de Periodismo

VESTIGIOS INCAS EN LA REGIÓN METROPOLITANA

**Anteproyecto de tesis para optar al grado académico de
Licenciado en Comunicación Social y al título profesional de Periodista**

Autores:

Pier Paolo Astudillo

Jordi Lloret Pacheco

Eliseo Huanca Yucra

Profesor guía: Christian Reyes Gavilán

Profesor metodológico: Alejandro Carreño Tillería

Diciembre de 2011

ÍNDICE

Agradecimientos	1
Dedicatoria	4
Resumen	5
Introducción	6
Capítulo I. Los incas en Chile	
1. Reseña histórico-cultural del pueblo inca	11
1.2 Organización social	13
1.3 Organización educativa	14
1.4 Organización administrativa	15
1.5 Organización económica	16
1.6 El arte en la civilización inca	17
1.7 Espiritualidad y religión en la civilización Inca	18
2. El Tawantinsuyu se extiende a Chile	20
3. El ocaso inca en la región de central de Chile	26
3.1 El arraigo de Diego de Almagro	27
3.2 El Gobernador Pedro de Valdivia	31
3.3 Sistema jurídico de dominación	37
en la cuenca de Santiago	
Capítulo II. Vigencia cultural inca en la región Metropolitana	
1. Antropología y vestigios.	41
1.1 Sociedad y religión	45
1.2 Desde la Antropología	46
1.2.1 Mundo colonial hispanoamericano	47
1.2.2 La comprensión de las otras culturas	50
como tarea científica	

1.2.3 La comprensión de otras culturas como actividad profesional	50
1 El 'territorio incaico' en la región Metropolitana	52
2.1 El Cerro El Plomo	53
2.2 El Cerro Chena	55
2.3 Pucará de La Compañía	56
2.4 El Camino del Inca o Capac Ñam	57
Capítulo III. Vestigios incas en la región Metropolitana	
3.1. La Capaj kocha (niño inca del cerro El Plomo)	59
3.1.1 Investigación arqueológica y antropológica	62
3.1.2 Culto, rito y ofrendas	67
3.2. El pucara de Chena	69
3.2.1 Pucara del cerro Grande de la Compañía	77
3.2.2 Otros lugares de culto y fortaleza en la RM	84
3.3 Las ruinas de Chada	84
3.3.2 Influencia inca en el área Chada	87
3.4 El Cápac Ñan (el camino del inca)	89
3.4.1 El Cápac Ñan en Chile	90
3.4.2 El Cápac Ñan en Santiago	92
3.5. Cementerios incas en la RM	94
3.5.1 Curacazgos y acequias Incas	96
3.5.2 Ceramios en el cerro Chada	97
3.5.3 Arquitectura y ceramios	98
4. Lenguaje y toponimia.	99
4.1 ¿Cuál es el origen de la palabra Chile?	104

5. La cultura inca hoy	105
5.1 El Cerro Chena y el cerro de La Compañía	105
5.2 Las ruinas de Chada	106
5.3 Cerámica y cementerios	107
5.4 El niño inca del cerro El Plomo	108
5.5 El Cápac Ñan (el camino del inca)	110
Conclusiones	112
Referencias	117
Anteproyecto	122
Anexos	

RESUMEN

La presente investigación involucra los vestigios de la civilización inca en la Región Metropolitana (en adelante, RM) de Santiago de Chile. Cada espacio geográfico es único y encadena irrepitiblemente acontecimientos históricos, ocurridos bajo determinadas circunstancias humanas y sociales. En los llamados *vestigios incas* en la RM se concibe, en la actualidad, un espacio geográfico mediatizado por la dimensión religiosa y cultural. Es visto como un lugar de encuentro que rememora las vivencias de antepasados que intentaron, tal vez inconscientemente, marcar un tiempo por medio de señales y lenguajes que influyen en la construcción de nuestra identidad. Actualmente, estos vestigios aparentemente inertes, atraviesan la dimensión cultural y cobran vida. Sufren la metamorfosis del tiempo, no obstante, cargan un significado religioso y trascendental, compartido por muchas personas. Ahora bien, en ocasiones, bajo el peso de la ignorancia e indiferencia, se menosprecia el valor humano e histórico de estos sitios.

INTRODUCCIÓN

En un periodo de tiempo relativamente breve, durante los siglos XV y principios del XVI, los incas expandieron sus fronteras y dominación sociopolítica sobre los reinos y etnias del altiplano, la sierra, los valles y la costa del océano pacífico, desde el Cuzco ampliaron sus límites a lo largo de la cordillera de los Andes, y lograron cubrir una superficie de dos millones de kilómetros cuadrados. El espacio geográfico ocupado por los incas se desarrolló desde el norte de la capital ecuatoriana (Quito) hasta el río Maipo en la cuenta de Santiago de Chile y el valle de Uspallata, al norte de la provincia de Mendoza, en Argentina. Cubrió una longitud aproximada de seis mil kilómetros de norte a sur. Las huellas que dejó esta civilización perduran hasta el día de hoy.

En las últimas dos decenas del siglo XX, diversos especialistas han tratado de comprender las razones generales que tuvieron los incas para ocupar los territorios de Chile central. Tierras con un enorme desierto inhóspito y alejado de la metrópoli cuzqueña. Entre las proposiciones teóricas que explican este fenómeno figuran: ambiciones territoriales, búsqueda de mayores tierras cultivables, motivos económicos para fortalecer el poder de los gobernantes y, finalmente, la necesidad de metales preciosos.

Con la llegada de los conquistadores Diego de Almagro (1535) y luego Pedro de Valdivia (1540), se eclipsó la presencia inca en la región, y empezó su rápida desintegración a causa de la guerra impuesta por los españoles. La reducción demográfica fue dramática: de 15 millones de indígenas quedaron, finalmente, 600 mil en apenas 90 años. Los despojaron de sus recursos de subsistencia y de su libertad. El lento mestizaje con la población hispana asentada

en estas tierras comenzó a forjar *la raza chilena* junto con el resto de la población indígena de la zona (Larraín, 2001, p. 22). En la primera y segunda región de Chile, los descendientes de una facción de los incas, lograron sobrevivir y mantener algunos rasgos de su cultura.

La mejor evidencia para comprobar la presencia de la cultura inca en una zona determinada son, precisamente, los vestigios. Estos se basan fundamentalmente en las fuentes históricas, arqueológicas, antropológicas y lingüísticas.

Pedro de Valdivia, con los ejemplos de Hernán Cortés y Francisco Pizarro, refundó la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, sobre el poblado inca que estaba ubicado precisamente donde hoy está la Plaza de Armas. Allí estaba situado el *tambo* mayor y tenían un cerro considerado *huaca* o *Huanen* (hoy Santa Lucía). La población era abastecida por una acequia tomada del río La Cañada (hoy la Alameda), antiguo brazo del río Mapocho y que abastecía el poblado y regaba las *chacras* de los alrededores (más tarde se llamará la acequia del molino del hospital).

La conquista del imperio inca es vista desde distintos enfoques teóricos que confluyen en una determinada visión histórica. Para los cronistas, pasando por los viajeros y otros estudiosos del siglo XV al XX, el Tawantinsuyu concitó las más diversas opiniones, de las cuales existen gran cantidad de documentos con distintos puntos de vista o tendencias que responden desde luego tanto a las peculiaridades propias del contexto, como asimismo las perspectivas

historiográficas adoptadas. Así, hay quienes apoyan la conquista y su obra civilizatoria y cristiana; otros valoran el carácter magnánimo y civilizador de los incas en el mundo andino y, finalmente, están los que critican la conquista por sus efectos devastadores y genocidas.

La disputa, después de cuatro siglos, continúa, aunque menos en la discusión teórico-científica que en sus implicancias como relato político. En el tiempo transcurrido la información se ha enriquecido con la lectura de crónicas, archivos, manuscritos antiguos hallazgos recientemente descubiertos y la crítica teórica. Además, la arqueología ha aportado una extensa información sobre culturas anteriores al incario. Del mismo modo, la lingüística y la antropología social han contribuido con importantes datos, permitiendo un mayor y mejor manejo de esos conocimientos.

Es pertinente reafirmar que esta discusión no ha estado exenta de una fuerte disputa ideológica, producto de los dogmas de cada época. Como preocupación central, los intelectuales han buscado todos los medios para legitimar sus esquemas teóricos y, en la mayoría de los casos, no se ha tenido la preocupación de indagar hondamente en la cosmovisión andina, ni considerar la visión de los indígenas de los Andes, o descendientes de los Incas.

Tomando en cuenta las cuatro estructuras fundamentales que conforman toda sociedad moderna (política, economía, ideología y parentesco), se puede considerar que la sociedad andina también las integra, sin embargo, civilización andina comporta principalmente una cultura religiosa, factor que articula lo político,

lo social, lo económico, lo tecnológico y lo ecológico en un todo integral. No se reducen entre sí, más bien se articulan armónicamente (Van Kessel, 1980, p. 433).

Las señales de identificación indígena con influencia inca que se presentan en nuestra geografía forman parte de una memoria social que subsiste, a pesar de las alteraciones impuestas por la cultura predominante. Estos vestigios representan no solamente mensajes de identidad, sino que también expresiones de resistencia cultural vigentes incluso en el presente.

Nuestra investigación busca, en este sentido, dar visibilidad y reconocimiento al paso de una cultura que determinó la formación de nuestra identidad tanto como lo hicieron los Mapuches o los españoles. Palabras que peregrinan en nuestro lenguaje en el día a día así lo demuestran: chicha, chascona, chuña, cancha, cayo, guaraca (por nombrar solo algunas).

El siguiente estudio materializa, por lo tanto, la expresión del desarrollo y los resultados de una investigación periodística sobre los vestigios de la cultura Inca en la región Metropolitana.

Se trata, en consecuencia, de una investigación que aborda dos ámbitos que confluyen en el tópico central. Por una parte, la *memoria*, aquí entendida como la construcción de un nuevo escenario discursivo para entender las especificidades de Latinoamérica. En segundo término, se recoge aquella memoria, en el marco del aludido debate actual, para confrontar los vestigios indagados en orden a su imbricación en el presente cultural de la región Metropolitana.

Es una investigación exploratoria en cuanto al material escrito sobre la historia precolombina en la zona seleccionada. Tal investigación se hará desde un enfoque cualitativo en el sentido que habrá un plan de acción para recolectar información y acercarnos al fenómeno. Se hará un registro narrativo y audiovisual del objeto de estudio mediante técnicas como la observación participativa y entrevistas no estructuradas.

Si no se investigan estos vestigios, por lo demás indesmentibles, continuará el olvido, el silencio y hasta el menosprecio de los valores de esta “alta cultura”. El indagar sobre la presencia inca en la Región Metropolitana y las distintas etnias que intervinieron en la constitución del mestizaje racial de la sociedad chilena, ayudará a fortalecer nuestra identidad nacional, pues entiéndase que profundizar en nuestros orígenes es también un aporte en la definición de quiénes somos. La conformación de nuestra identidad significa la constante revisión, análisis y redescubrimiento de nuestros orígenes. Como dice un viejo proverbio hindú: mientras más profundo lleguen las raíces más alto crecerá el árbol.

CAPÍTULO I

LOS INCAS EN CHILE

1. Reseña histórico-cultural del pueblo inca

Eran tiempos inseguros. El colapso de la cultura llamada Tiahuanaco (1.200 d. de C.) y la decadencia de otra denominada Wari (1.100 d. de C.) generaron una serie de reinos en el mundo andino, entre los cuales se hallaban los incas surgidos en torno al Cuzco. Este reino se desplazó desde el lago Titicaca hasta el Valle del Cuzco y era gobernado por un soberano llamado Inca. Esta civilización se destacó por su carácter guerrero y promovedor de la más extensa revolución cultural que tuvo cualquier estado de la América Precolombina.

A mediados del siglo XV, luego de imponer su civilización en toda la región del Cuzco, el noveno gobernante del Estado inca llamado Pachacútec inició la expansión territorial del incanato, con lo cual dio forma a la confederación de naciones llamada Tawantinsuyu o gobierno de las cuatro partes. Décadas después de ese mismo siglo (1470 d. de C.), el Inca Yupanqui inició la conquista de Chile extendiendo el Imperio hasta el río Maule. Impedido de seguir más al sur producto de la resistencia mapuche, su dominio abarcó desde Rancagua hacia el norte.

Con la llegada de los conquistadores Diego de Almagro (1535) y luego Pedro de Valdivia (1540) se eclipsó la presencia inca en la región, lo que fue aparejado con su rápida desintegración, a raíz de la guerra impuesta por los

españoles. La reducción demográfica fue dramática; de 15 millones de indígenas, quedaron, finalmente, 600 mil en apenas 90 años. Los despojaron de sus recursos de subsistencia y libertad. El lento mestizaje con la población hispana asentada en estas tierras comienza a formar la raza chilena junto con el resto de la población indígena de la zona. Solo en la primera y segunda regiones de Chile, los descendientes de una facción de los incas, lograron sobrevivir y mantener algunos rasgos de su cultura originaria.

Investigaciones etnohistóricas han demostrado que los grupos raciales andinos se organizaban generalmente en sistemas duales. Esto quiere decir que cada grupo estaba compuesto por dos mitades, de las cuales cada una reconocía su propia autoridad. De acuerdo a este sistema, el jefe de una mitad tenía igual prestigio y autoridad que la otra. Las mitades estaban divididas a su vez en diversos grupos o partes. Este fue el caso del Tawantinsuyu, que alcanzó una extensión cercana a los 2 millones de kilómetros, abarcando territorios en Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina. Su capital fue Cuzco (en quechua significa *ombligo del mundo*), ciudad formada por templos, palacios, y fortalezas, ubicada a orillas de los ríos Huatanay y Tulumayo.

El Tawantinsuyu estaba dividido en cuatro grandes provincias: Chinchaysuyu (sector noroeste del imperio), Collasuyu (sector sur o del Kollao), Contisuyu (sector del suroeste) y Antisuyu (sector del este o de Los Andes). Dos de estas partes formaban el Hanan Cuzco o Cuzco de Arriba y dos el Hurín Cuzco o Cuzco de Abajo. Hanan Cuzco estaba integrado por el Chinchaysuyu y el Antisuyu. El Hurín Cuzco estaba integrado por el Kollasuyu y el Contisuyu.

El incanato es la suma de las diversas culturas locales como Sechín, Chavín, Paracas, Nazca, Mochica, Tiahuanaco, Wari, Chancay, entre otras.

1.2 Organización social

La sociedad inca estaba agrupada básicamente en dos clases sociales. La primera, *capaj cuna* o clase de *los orejones*, que excluía a los altos funcionarios de la administración política y religiosa del incario y el soberano máximo llamado *Inca*. La segunda, los *hatunrunas* o *pueblo* en general, constituía fundamentalmente el sector campesino, ganadero y artesanal.

El sistema de vida incaico equilibraba los derechos y deberes de quienes pertenecían a los *hatunrunas*. Estos debían pagar tributos tanto en objetos como en mano de obra. Con una parte de este impuesto los incas sustentaban la *panaca* o familia descendiente, además de realizar obras públicas. De este grupo social se diferenciaban los *miti-maes* y *yana-cuna*. Los primeros eran gente seleccionada por sus habilidades (generalmente jóvenes) provenientes de centros educativos encargados de difundir la cultura en los territorios recién anexados al incanato. Gozaban de gran consideración, porque estaban dispuestos a trasladarse a colonizar lejanas tierras. También los grupos rebeldes eran trasladados a los frentes de batalla como guerreros de elite del incario. Los últimos, los *yana-cuna*, eran ciudadanos sin ningún tipo de derecho y no pertenecían a comunidades de parientes o *ayllu*. Eran personas solo aptas para la servidumbre debido a sus comportamientos delictivos.

1.3 Organización educativa

Los incas disponían de centros de formación educativa. Estos eran los *aclla-wasi* para las mujeres y los *yachay-wasi* para los varones, y estaban ubicados en las ciudades o *ayllus* más importantes del Tawantinsuyu. Estos centros fueron descritos por los españoles como conventos religiosos al estilo europeo. En ellos se enseñaban las distintas funciones del gobierno, además de medicina, idioma, religión, manejo de *quipus* (cuerdas anudadas que permitían registrar y almacenar información).

Este tipo de educación en el incario no estaba generalizada; a ellas acudían mayoritariamente gente de las *panacas* o familiares descendiente de un Inca, pero además jóvenes inteligentes escogidos del sector *hatunrunas*.

A las *acllas* asistían niñas seleccionadas en las diversas aldeas por sus habilidades y belleza. Aquí aprendían a hilar, tejer, cocinar, preparar bebidas y otros menesteres de uso protocolar y diplomático. El recinto estaba administrado por *mamacumas* o profesoras de diferentes especializaciones.

A las *yachay-wasi* asistían los parientes de los altos gobernantes y algunos *hatunrunas*, con el fin de especializarse en áreas de administración pública, sacerdocio y disciplinas como la astronomía, agronomía, arquitectura y estrategia militar.

1.4 Organización administrativa

El *ayllu* fue la unidad básica de la estructura social y administrativa del incario, definida como un conjunto de familias unidas que propiciaban el bien común. El sistema de trabajo en estas comunidades se basaba en la reciprocidad o ayuda mutua. Es decir, existía la noción de trabajo comunitario bajo el ideal que se puede enunciar: *Hoy trabajamos todos por mí y mañana por ti*. Esta fórmula era exigida incluso a los señores de más alto nivel y los comprometía a devolver el favor a sus súbditos. De modo que el sistema estaba basado en la virtud de la *reciprocidad* y *redistribución*. Los *ayllu* tenían como jefe a un *kuraka*, cargo independiente a la autoridad del Inca, quien era elegido por sus habilidades militares, políticas, administrativas y de liderazgo.

El sistema inca proporcionaba una asistencia social cuyo propósito era que nadie quedara desprotegido. Esta posición fue confundida por cronistas e investigadores modernos. Algunos creyeron que el Estado inca habría sido de carácter socialista, ya que atendía todas las necesidades y restringía las libertades e iniciativas individuales. Sin embargo, esta asistencia social dependía de la comunidad campesina de parientes y no del Estado, el cual, por su propia naturaleza, estaba muy lejano de cualquier idea de igualdad social.

La autoridad máxima era el Inca, con desarrolladas habilidades políticas, militares y administrativas. También había un Consejo Imperial, compuesto por los jefes de los cuatro *suyus*, ancianos de gran sabiduría y experiencia. Cada *suyu* se dividía en provincias gobernadas por un *Apo* o jefe nombrado por el Inca.

1.5 Organización económica

Los andinos, conscientes de que la tierra y el trabajo beneficiaban generosamente al pueblo, crearon una sabia organización económica sintetizada en las máximas *no robar, no mentir, ni ser holgazán, la tierra es de todos en general y de nadie en particular*. De este modo, el trabajo se hizo obligatorio aunque se hacía con devoción como si fuese una fiesta, puesto que sus frutos beneficiaban a los que trabajaban y en función de sus necesidades.

En los *ayllu* se trabajaba bajo el concepto de *ayni* definido como ayuda mutua. También se organizaba la *minca* o trabajo voluntario, y se ocupaba la *mita* o trabajo por turnos para la construcción de obras públicas. Bajo esta filosofía y práctica, la agricultura alcanzó un formidable progreso. Se lograron sofisticadas técnicas de cultivo basadas en la irrigación y el uso de abonos. Destacaron sus terrazas agrícolas, represas, canales de riego, entre otros.

Los principales alimentos cultivados fueron la papa, el maíz, los frijoles y el zapallo. La ganadería les proporcionó algodón, magüey y lana, además de carne y cuero. Domesticaron animales como la alpaca, la vicuña y el guanaco. En cuanto a la pesca, utilizaron tecnología basada en los anzuelos, los arpones y las redes.

Es posible afirmar que el sistema económico inca no funcionaba bajo el concepto de moneda, lucro o cualquier criterio individualista. Más exactamente, la suministración de bienes y servicios surgía en el intercambio o trueque de un producto por otro.

1.6 *El arte en la civilización inca*

Los incas se distinguieron por su arquitectura monumental diseñada bajo los conceptos de simplicidad, solidez y simetría. Lograron un aspecto grandioso e imponente con el empleo de la piedra en la sierra, y en el uso de adobe en sus monumentos. La impresionante perfección en la juntura de los bloques de piedra refleja la poca necesidad de argamasa o cemento. En definitiva, las construcciones parecen hechas de una sola piedra y proyectan una deslumbrante belleza.

En cerámica, los incas desarrollaron una gran variedad de formas y estilos de las cuales se destacan la olla, el cántaro, el plato y el vaso. Considerando que los andinos no desarrollaron una escritura específica, el arte trabajado en greda adquiere gran importancia en cuanto a los mensajes iconográficos como fuente de información cultural (Kauffmann, 1980, p. 723).

Los incas fueron un pueblo minero, explotaron con profusión muchos yacimientos de oro, plata y cobre, además de otros minerales no metálicos. Habilidades que heredaron de los grandes orfebres de las culturas *Chimú* y *Mochica*. Trabajaron finamente el oro y la plata confeccionando múltiples objetos y figuras religiosas, así como planchas de oro, brazaletes, pectorales y pendientes.

Los incas desarrollaron la expresión poética mediante el lenguaje oral, debido a que no tuvieron un alcance escrito en su idioma. En cuanto al contenido es posible catalogar su desarrollo en el ámbito de lo lírico, épico y dramático, desde luego siempre relacionado con sus mitologías y creencias.

Las artes se practicaban de modo colectivo en festividades de orden social y religioso, como una demostración de amor a sus héroes, divinidades y a su propio trabajo.

1.7 *Espiritualidad y religión en la civilización Inca*

Una mirada panorámica a la mitología inca permite ver que su existencia se desenvolvía dentro de dos planos, uno esencialmente *mágico* y otro *real*. De modo que el plano mágico corresponde a un universo creado donde los fenómenos y los objetos de la naturaleza, así como la salud y las enfermedades, están insertos en un contexto misterioso y sobrenatural.

En este sentido, el mundo existía en tres niveles espaciales: *araj pacha* o mundo de arriba, donde residen las divinidades mayores (*Wiracocha*, *Inti* o sol, entre otros); en el *aka pacha* o mundo terrenal, residían las plantas, los animales y los espíritus de todos los tiempos; y finalmente, *manqa pacha* o el mundo subterráneo era aquel que generaba todo tipo de cataclismos mayores, aunque al mismo tiempo de aquí provenían las fuerzas que permitían a la tierra germinar.

En el incario la divinidad máxima era *Wiracocha* que significa *Esplendor Originario, Gran Espíritu, Maestro del Mundo*. Se le consideraba como padre y madre a la vez, y tenía su morada en el cielo.

Se creía que *Wiracocha* no participaba directamente en el gobierno del mundo. Esta función se habría delegado fundamentalmente a *Inti* (sol) y a la *Pachamama* (madre naturaleza), además de otras divinidades y colaboradores menores. *Wiracocha* se habría retirado del mundo y solo en casos de graves crisis

intervenía personalmente. Los incas adoraban al sol como un padre, y a la tierra como a una madre, paridora de la vida animal y vegetal.

Los incas habían elaborado un mapa cosmogónico, el que habría estado expresado en el altar mayor del *coricancha* en el Cuzco, indicando el estado mayor de los dioses. Allí se puede apreciar una figura ovoide que representa a *Apa Kon Tiki Wiracocha*. Esta figura fue descrita por el cronista indio Santa Cruz Pachacuti Yamqui, antes fuera construido el Convento de Santo Domingo sobre el templo (Kauffmann, 1980, p. 46).

2. El Tawantinsuyu se extiende a Chile

En las últimas dos decenas del siglo XX, diversos especialistas trataron de indagar en la comprensión de las razones generales que tuvieron los incas para ocupar los territorios de Chile central. Ello porque se trataba de tierras con un enorme desierto inhóspito de por medio y muy alejada de la metrópoli cuzqueña. Entre sus proposiciones teóricas figuran: ambiciones territoriales, búsqueda de mayores tierras cultivables, motivos económicos para fortalecer el poder de los gobernantes y, finalmente, la necesidad de metales preciosos.

Las campañas militares de conquista de los incas no provocaron el aniquilamiento de sus enemigos: los derrotados eran considerados como hermanos y futuros miembros del Tawantinsuyu (De la Vega, 1977, p. 124). El territorio de los colonizados era visto como una fuente de recursos y excedentes productivos.

La estrategia expansionista incaica consistía en una suerte de intimidación por la fuerza combinada con el fundamento de la conveniencia mutua. Antes de entrar con el ejército, los incas negociaban y convencían al conquistado acerca de los beneficios que les reportaría unirse a la federación de naciones que constituía el Tawantinsuyu.

Efectivamente, logrados estos propósitos, las autoridades de los pueblos anexados eran respetadas, al igual que sus costumbres, lenguas y otros aspectos culturales. Al mismo tiempo, los incas comenzaban a beneficiarlos con todos sus adelantos tecnológicos, tales como canales de regadío, ampliación de campos de

cultivo, crianza de ganados, construcción de caminos, puentes y tambos. “[...] las tierras que tomaban no eran las que los indios necesitaban, sino las que sobraban y que no podían labrar” (De la Vega, 1977, p. 25).

No hay exactitud con respecto a la fecha en que se inició la conquista inca en Chile, pero se presume que fue alrededor de 1460 y 1480, durante el gobierno del décimo Inca Túpac Yupanqui. “Como el rey Inca Yupanqui se viese amado y obedecido, y tan poderoso de gente y hacienda acordó emprender una gran empresa: conquistar el reino de Chile” (De la Vega, 1977, p. 114).

Los territorios actuales del extremo norte del Chile, habrían sido incorporados al incario sin muchas dificultades, debido a su cercana relación con los reinos del *Collao* hasta Atacama y de la costa al altiplano. De Copiapó al sur, la presencia militar cuzqueña habría sido más directa, ya que hasta el valle del Choapa estaba habitado por poblaciones Diaguitas.

Del Choapa al Cachapoal existió otra realidad ambiental, aumentaron las lluvias y la intensidad de la vegetación dificultaba el camino. Para continuar su avance hacia las cercanías del río Mapocho, el Inca Yupanqui habría mandado mayores contingentes y apoyo logístico, considerando los excelentes recursos que la geografía ofrecía. La resistencia en la zona central de Chile habría sido mínima, considerando que los Picunches, pueblo que habitaban estas zonas, nunca consiguieron la unidad social y política para reconocer un solo jefe, de modo que no significó obstáculo alguno para los ejércitos del Inca:

Estaban organizados en pequeños grupos de parientes o linajes, asentándose en reducidas aldeas o caseríos dispersos [...] pero disgregándose en el espacio según la disponibilidad de los recursos estacionales. Entre los distintos grupos no había una organización estable del poder a través de jefes reconocidos por todos (Cabeza, 1986, p. 159)

Los incas, no conformes con haber ganado los valles centrales de Chile, se aventuraron más al sur, hasta pasar el río Maule. Allí se habrían encontrado con una numerosa población mapuche que no les permitió mayores avances. El cronista peruano Garcilaso de la Vega (1977, p. 83) detalla en sus narraciones:

Los Incas pasaron este río Maule con 20 mil hombres de guerra, y conservando su antigua costumbre enviaron a requerir a los habitantes de la provincia de Purumauca, que los españoles llaman Prommaucaes, recibiesen al Inca como señor o se preparasen para las armas.

Sin embargo, los mapuches junto con negarse a ceder, respondieron que preferían morir que perder su libertad. Días después, 18 a 20 mil guerreros mapuches estaban en pie de guerra.

Los ejércitos entraron en batalla con mucho ánimo y valor. Tres días pelearon con dureza, obstinación y crueldad sin conocer vencedor. Durante la noche curaban sus heridas y retiraban a sus muertos. Al cuarto día estaban agotados, debilitados y necesitados de refuerzos. Se miraban esperando

defenderse de la acometida, pero ninguno se atrevió a seguir la batalla. Pasaron dos días y finalmente las tropas se retiraron a sus distritos, temiendo, cada uno de los contendientes, que el otro hubiese enviado sus refuerzos a la brevedad (De la Vega, 1977, p. 65).

Ambos proclamaron victoria. Los incas se sintieron satisfechos con el alcance de su conquista, en tanto que los mapuches pensaron que habían defendido bien su territorio. El Inca habría ordenado paralizar la conquista y contentarse con lo ganado; también habría permitido que se afianzaran las fronteras adquiridas y que se asentara la colonización en beneficio de sus vasallos desplegados en tales latitudes.

En suma, la frontera *histórica* a la que llegaron los incas fue el río Maule. El *límite efectivo* hasta donde se extendió la cultura inca fue Angostura de Paine y sus tierras adyacentes. “Al sur de estos límites no existió dominio efectivo, aunque sí creemos que hubo contacto, influencia y exploración militar, algunas batallas y escaramuzas, pero no control o dominio sobre los valles del Cachapoal al Maule” (Cabeza, 1986, p. 204)

La mejor evidencia para comprobar la presencia de la cultura inca en una zona determinada, son precisamente los vestigios basados fundamentalmente en las fuentes históricas, arqueológicas, antropológicas y lingüísticas. Así, la diferencia de fronteras afirmada más arriba está respaldada por la falta de elementos como cerámica, cementerios y otros vestigios de la cultura incaica, más allá de la Angostura de Paine: “Y aquí llegaron los incas cuando vinieron a

conquistar esta tierra. Y de aquí adelante no pasaron [...] Y allí poblaron un pueblo, los cuales cimientos están hoy en día. Y no digo de ellos por estar tan arruinados” (De Vivar, 1979, p. 146)

Asentada la presencia militar inca, se dio paso al establecimiento de los *mitimaes* o grupos de familias incas que eran trasladadas a los pueblos conquistados para cumplir determinadas funciones políticas, religiosas, económicas y culturales. Un trabajo laborioso que permitió ensanchar la vida y promover la actividad humana en aquel Santiago originario.

La conquista y ocupación inca se instaló primero en el valle de Copayapu o Copiapó, para luego desplazarse a los valles de los ríos Loa, Choapa, Aconcagua, Mapocho y Maipo, hasta la Angostura de Paine. La arqueología y la etnohistoria, registran vestigios incas desde el Norte Chico hasta el valle central tales como cerámica, los tambos, el camino del inca, acequias de regadío, cementerios, huacas y pucaros.

Es de suponer que estas tierras, lo que hoy es la Región Metropolitana, eran propicias para la agricultura debido a que aquí proliferaron una multiplicidad de etnias (incas, aymaras, likan antay, diaguitas y picunches). Estas hicieron aumentar rápidamente la población, dado que los soldados incas se desplazaban junto a sus esposas.

Muchos de ellos se habrían casado con las naturales de la región, dada la costumbre de los incas de concertar alianzas de sangre. Rápidamente se organizó la administración pública y los incas pusieron a sus *kurakas* en determinados

mandos superiores, con el fin de asentar la cultura y las costumbres de los *orejones* en la nueva provincia austral del Collasuyu.

Este proceso de asentamiento del imperio inca en el valle del Mapocho se extendió aproximadamente desde 1470 hasta la llegada del Diego de Almagro, y el inicio de la conquista española, en 1535.

3. El ocaso inca en la región de central de Chile

El final del Tawantinsuyo se inició con la Conquista del Perú cuando capturaron al último emperador incaico llamado Atahualpa, en Cajamarca, el 16 de noviembre de 1532, y su posterior asesinato ocurrido el 26 de julio de 1533. La fuerza militar de los conquistadores no pudo ser igualada por los andinos. Caballos, armaduras de hierro, espadas, cañones, arcabuces, y especialmente las técnicas de guerra de la que los españoles eran eximios exponentes, produjeron el declive de la civilización Inca: “[...] [la] comunidad autóctona se desintegró progresivamente, desde la cumbre hasta la base, hasta alcanzar un estado de completo desmoronamiento y parcelación, como efecto de la dominación violenta del sistema político y cultural español” (Kessel, 1980, p. 157).

Meses antes de la conquista del Tawantinsuyu, se había declarado la guerra civil entre los hermanos Inca Atahualpa y Huáscar debido al reparto de territorios. Este último había hecho retirar las tropas del ejército inca en Chile central con el propósito de enfrentar a su hermano. Es el inicio de la caída del Tawantinsuyu en el Chile central.

3.1 *El arraigo de Diego de Almagro*

El adelantado Diego de Almagro, con 60 años de edad, pidió ayuda a Manco Inca (nativo del imperio incaico designado por Pizarro para ayudar a los españoles). Este se comprometió a ayudarlo en la expedición hacia Chile, para lo cual hizo que lo acompañara su hermano Paullo Tupac y el *Villac Umu* (sumo sacerdote del inca).

Almagro gastó casi toda su fortuna en preparar un poderoso ejército para el viaje y salió del Cuzco el 3 de julio de 1535. Los indígenas fueron tratados como si fueran esclavos de carga:

Si los indios no daban tanto como se les pedía, los españoles hacían ranchar los pueblos, y les tomaban por fuerza todo lo que se les antojaba, las mujeres y los hijos, y les deshacían las casas para leña. [...] Se calcula en cerca de quince mil el número de los indios que seguían a Almagro como auxiliares o más propiamente como bestias de carga (Arana, 1999, p. 137).

Todos estos latrocinios fueron observados por el príncipe Paullo Tupac y el *Willac Umu*. Se cuenta que una noche estando en Tupiza, cansados de ver tanta maldad y humillación, ambos acompañantes, más un séquito de hombres y mujeres incas, huyeron. Al paso de los invasores, los indígenas abandonaron sus poblados para trepar a los pucaras o altos cerros, con el fin de intentar resistir a la caballería. “Los españoles mataban sin piedad a todos los prisioneros, quemaban las chozas y arrasaban sus sembradíos” (Barros Arana, 1999, p. 140).

En el valle de Huasco, tres soldados de Almagro habían penetrado la región varios meses antes que él y cometido toda clase de violencias y depredaciones. El maltrato hacia los indios fue la causa de su muerte (Encina, 1949, p. 153).

Cuando Almagro llegó a la región y se enteró de los hechos, hizo llamar a los 36 caciques de la zona. Ya reunidos los acusó de asesinar a tres de sus castellanos y ordenó que los quemaran vivos y de forma pública. “Los demás indios de esa región fueron repartidos como esclavos entre los soldados de Almagro” (Arana, 1999, p. 145).

En 1532, después de la conquista del Tawantinsuyu y mientras el Inca Atahuallpa permanecía prisionero, el sevillano Pedro Calvo Barrientos cometió un delito, que obligó para que Pizarro lo mandara a azotar públicamente y a cortarle las orejas. Viéndose avergonzado, Calvo se acercó y ganó la confianza de Atahuallpa. Le narró su desgracia y le pidió que lo enviara hacia alguna parte remota de su país, donde no hubiese cristianos. Atahuallpa, sensible a su dolor, le prometió enviarlo a Chile, con su borla incaica por pasaporte y algunos guías que lo llevarían a su destino (Diego de Rosales, 1989, p. 315).

Michimalongo, señor de los valles centrales de Chile, conoció a Pedro Calvo Barrientos y desarrollaron una amistad. El jefe indio se enteró de la otra realidad de la conquista. Sin embargo, el español convenció a Michimalongo de asesinar a Norongo, su oponente, como finalmente ocurrió.

Cuando se supo la cercanía de las huestes de Almagro, Barrientos, que conocía perfectamente la superioridad militar de los españoles, consiguió

persuadir a sus huéspedes de que toda tentativa de resistencia era una temeraria insensatez. Luego, al llegar a valle de Aconcagua, encontraron una columna de indios que los esperaban para rendirles nuevamente homenaje y ofrecerle una abundante provisión de víveres, maíz y carneros de la tierra. Almagro lo colmó de regalos y se lo llevó al Perú, “había hallado en el infeliz Barrientos, el oscuro desertor del ejército del Perú, un auxiliar valiosísimo en su camino” (Barros Arana, 1999, p. 146).

La limitada población regional de Huasco, Choapa y Aconcagua, frente a los 500 soldados españoles, con una capacidad militar abrumadoramente más poderosa, hizo que aquellas provincias no volvieran a ofrecer resistencia visible. Sin embargo, Almagro y su mesnada caían en la desolación al percatarse de que estas tierras de Chile carecían de riquezas y que no era un *segundo Perú* como se imaginaban. Pasados 40 días de inútil búsqueda, las tropas solo pensaban en volver.

En los valles dominados por el río Mapocho y Maipo, Almagro encontró diversos pueblos de indios con fértiles campos cultivados, pero carecían de interés para los españoles. La última esperanza eran las tierras del sur que fueron recorridas por varias semanas sin más hallazgo que agrupaciones de indios en diversas aldeas.

Los exploradores debieron pelear encarnizadamente con los indios para tener algo que llevarse a la boca. Pasaron 25 días sin hallar maíz para ellos ni para sus caballos. Si se avanzaba hacia el sur del territorio, las condiciones eran

aún más deplorables. El viaje lo hicieron en época de lluvias torrenciales, los campos estaban yermos y solitarios, cubiertos de ciénagas y frías neblinas. (Barros Arana, 1999, p. 151).

A su retorno, los expedicionarios dieron las malas noticias a Almagro, y este dio permiso para saquear a los indios, quitarles sus víveres, sus ganados y cuanto objeto podía ser útil para los españoles en su retirada. Les permitía, a la vez, tomar tantos indios como necesitasen para el cargo de sus provisiones y de sus bagajes:

Los valles en que habían residido los españoles durante esos tres meses habían alcanzado, bajo la dominación de los incas, un grado considerable de prosperidad industrial. Sus campos, cruzados por numerosos canales, y cultivados con esmero, producían abundantes cosechas de maíz, y contaban varias agrupaciones de casas modestas, pero que debían ser el origen de pueblos en que podría desarrollarse una mayor civilización. Todo aquello quedó desolado y casi destruido (Barros Arana, 1999, p. 161).

3.2 El Gobernador Pedro de Valdivia

Pedro de Valdivia no vino a Chile en busca de oro, como lo hizo Almagro, sino que llegó con ánimo de poblar la tierra con españoles. Su sueño y proyecto eran crear un país con “gobiernos con las cuales alcanzar una alta nombradía y una gran fortuna” (Barros Arana, 1999, p. 168).

Fue muy amigo de Francisco Pizarro y ayudó a este en la guerra civil contra Almagro. En enero de 1540, con 150 soldados y mil indios de carga, salió del Cuzco para seguir rumbo a Arequipa, Moquegua, Tacna, Tarapacá y Chile.

La marcha fue lenta porque la expedición traía niños mestizos, nacidos de las uniones clandestinas de españoles con indias, y trasladaban gallinas y puercos. Valdivia, siguiendo los Caminos del Inca, y guiado por *orejones*, llegó a Copiapó sin perder ninguno de sus 170 hombres.

Los aborígenes los recibieron con desconfianza y hostilidad, recordando los saqueos y brutalidades de Almagro, por lo que escondían sus alimentos y mostraron una enconada resistencia. Según las cartas de Valdivia utilizaron los mismos caminos, tambos, puentes y *puquios* que alguna vez ocuparon los incas.

Al llegar a Chile central hacen contacto con las autoridades locales: Michimalongo, Quilicanta, Incagorongo, curacas y representantes del Inca, que luego se sublevan pereciendo en la resistencia a manos de Inés de Suárez: Quilicanta y Michimalongo en el viaje al sur después de fundada La Concepción, en San Pedro, a manos de Alderete” (Valdivia, 1861, p. 226).

Una noche en Coquimbo, por los abusos y malos tratos recibidos, huyeron 400 indios auxiliares del campamento español, pero nada podía detener los planes de Valdivia; los indios fugados fueron rápidamente sustituidos. De esta forma, los españoles, indios y mestizos atravesaron los valles del Choapa y Aconcagua, y en diciembre de 1540 llegaron al valle del Mapocho. “Se trataba de un valle extenso y poblado, donde era posible asentar a numerosos encomenderos y disponer de los indios para las faenas de la extracción de oro y de los cultivos agrícolas” (Encina, 1949, p. 191).

Valdivia instaló su campamento a los pies del cerro hoy llamado San Cristóbal, para luego refundar una ciudad sobre un poblado de *mitimaes*, ubicado al costado poniente del cerro que los indios llamaban *Huelen* palabra que significa *estar solo*. Valdivia, demostrando sus dotes de estrategia militar, dividió a sus hombres en 4 cuadrillas, con el fin de desplazarse de modo envolvente por los cuatro costados. Los indios, al pretender retroceder o huir, hallaron españoles por todas partes, lo que los hizo pensar que se enfrentaban con un poderoso ejército invasor.

Pasadas unas semanas, Valdivia hizo convocar a todos los jefes de las parcialidades en un gran parlamento. Allí les explicó el objeto de su presencia en Chile. Dijo que había sido enviado por el poderoso rey de España y autorizado por el Inca Manco del Perú; llegaba para imponer la fe católica y a establecerse para siempre en su territorio, como lo habían hecho otros capitanes en el Perú:

Él les ofrecía tratarlos humanamente y como amigos sí, imitando a los indios del Cuzco, se sometían a los conquistadores y los ayudaban en sus trabajos y en la construcción de la ciudad que pensaban levantar en ese mismo sitio (Barros Arana, 1999, p 178).

Esto fue dicho en lengua quechua, “generalmente hablada en esta región, servía a los españoles para entenderse con los indios por medio de los intérpretes que acompañaban al ejército invasor” (Barros Arana, 1999, p. 178).

El 12 de febrero de 1541, Valdivia decretó la fundación de Santiago, contraviniendo los reglamentos sobre el establecimiento de ciudades en las indias, decretadas por el rey Carlos V, en 1523.

Pedro de Valdivia, siguiendo los ejemplos de Hernán Cortés y Francisco Pizarro, refundó la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, sobre el poblado inca que estaba ubicado precisamente donde hoy está la Plaza de Armas. Allí estaba situado el *tambo* mayor y tenían un cerro considerado *huaca* o *huanen* (hoy Santa Lucía). La población era abastecida por una acequia tomada del río La Cañada (hoy la Alameda) antiguo brazo del río Mapocho y que abastecía el poblado y regaba las *chacras* de los alrededores (más tarde se llamará la “Acequia del Molino del Hospital”). Sobre este poblado inca, Valdivia fundó la ciudad de Santiago. En su carta al rey, Valdivia escribe:

Llegué a este valle del Mapocho por el fin de 1540. Luego procuré de venir a hablar con los caciques de la tierra, y con la diligencia en que puse en corrésela, creyendo éramos cantidad de cristianos, vinieron

los más en paz y nos sirvieron 5 o 6 meses bien, y esto hicieron por no perder sus comidas, que las tenían en el campo, y en este tiempo nos hicieron nuestras casas de madera y paja en la traza que les di, en un sitio donde fundé la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, en nombre de vuestra Majestad (Valdivia, 1861, p. 220).

El Tawantinsuyu siguió funcionando después del asesinato de Atahualpa. Prueba de ello es que la correspondencia de *chasquis* hacia Chile siguió activa por un tiempo. Michimalongo, Tanjalonco, Quilicanta y otros caciques tenían buenas informaciones de lo que acontecía en el Cuzco. Mientras que los españoles carecían de toda noticia de lo que pasaba en el Perú.

A Valdivia los indios le servían como simples vasallos. Eran encomendados en el Perú y capturados en los poblados de Chile, para ser transformados en *yanaconas* o esclavos. Estos no tenían ninguna posibilidad de fugarse, ya que todos eran jóvenes arrancados de sus familiares, de entre 12 y 18 años. No obstante, la mayoría de los indios de la cuenca de Santiago, producto de la traumática experiencia con Almagro, no estaban dispuestos a servir a nadie, y menos a extranjeros recién llegados que pedían sumisión y servidumbre, y además alimentos sin ningún tipo de reciprocidad.

Los indios de Quillota, desde el valle de Aconcagua hasta el Maipo, se alzaron en armas. Ocupados en los lavaderos de oro Marga-marga iniciaron la rebelión matando a casi todos sus celadores, y a los que construían el bergantín. Solo dos se escaparon. Como represalia, Valdivia hizo capturar a todos los

caciques o *kurakas* de las localidades de la región y los retuvo prisioneros, a la vez que hizo quitar todas las provisiones de los indios, para asegurar su desarme y neutralizarlos.

Mientras Valdivia partía a someter a los indios del Cachapoal, Santiago fue asaltado, incendiado y destruido bajo el liderazgo de Michimalonco, quien, cansado de los reiterados abusos, contraatacó a los conquistadores. Cuando la resistencia española declinaba y antes de que los indios llegaran a rescatar a sus caciques presos, la amante de Valdivia, Inés de Suarez, degolló a los prisioneros uno a uno y lanzó sus cabezas a la calle. Al ver este despiadado espectáculo, los indios se habrían paralizado por la crueldad y probablemente por creer, sobre todo los Picunches, que doña Inés era una *machi* con poderes extraordinarios. Finalmente, la caballería española arremetió furiosamente, descalabrándolos. Solo unos pocos indígenas lograron escapar.

Caída la noche, los españoles contaron cuatro muertos en sus filas, 23 caballos perdidos y mucha sangre derramada. La pérdida de los indios fue cuantiosa; se contarían varias centenas. El poder de las armas españolas resultó insuperable para los indígenas.

Valdivia redobló su acción punitiva sobre los indios. Hizo “*correr los campos*” quemando casas y sembradíos de los naturales, quitándoles sus víveres y ahuyentándolos. “Valdivia, además, a la cabeza de un cuerpo de jinetes, recorría frecuentemente los campos vecinos, deshaciendo las juntas de los indígenas hasta 8 o 10 leguas a la redonda” (Arana, 1999, p. 195).

Después de la destrucción de Santiago, la ciudad fue amurallada. Se cerraron nueve manzanas de la plaza de Armas (Bandera, Huérfanos, San Antonio y Santo Domingo) con un enorme muro de dos metros de altura. En esta diáspora obligada, la población diaguita retornó a los diseminados pueblos de Aconcagua y el Choapa. La gente Picunche, por su carácter nómada, se replegó en las lejanías del sur de Rancagua.

En Santiago, Valdivia erradicó a los indígenas locales de sus propiedades en el Tambo Grande, instalándolos en la *Chimba* o sector agrícola usado por los andinos al otro lado del río Mapocho, mientras que algunos fueron trasladados a diferentes partes como Talagante y Quillota.

Los indios de raigambre inca, acostumbrados a vivir labrando la tierra y criando ganados, se retiraron a las montañas vecinas, llevándose los pocos bastimentos que pudieron salvar de la rapiña de los europeos. Con esta migración, los españoles fueron acosados por el hambre, debido a que los indios encomendados llevaban la tarea de mantener la alimentación de los conquistadores. El mismo Pedro de Valdivia expresó en sus cartas: “eran nuestra vida” (Barros Arana, 1999, p. 196).

En septiembre de 1543 llegó un buque del Perú con 60 castellanos, además de provisiones, socorros y noticias de sus compatriotas. Con este refuerzo los indígenas se olvidaron de asumir actitudes de guerra en las inmediaciones de Santiago. “Nunca vimos más indios de guerra, dice Valdivia en una de sus relaciones. Todos se acogieron a la provincia de los promaucaes, que comienza a

seis leguas de aquí, de la parte de un río caudolosísimo que se llama Maipo” (Barros Arana, 1999, p. 203).

3.3 Sistema jurídico de dominación en la cuenca de Santiago

Las ciudades españolas estaban destinadas solo para los conquistadores y sus indios de servicio. Los yanaconas y naturales quedaron fuera de la ciudad recién fundada, ubicados en la *chimba*, en las mercedes de tierras encomendadas, en la periferia y las montañas. En Santiago, solo en el siglo XVII, la ciudad se extendió fuera de las murallas. De este modo surgieron los subbarrios, al lado de los conventos o iglesias mercedarias.

Los poblados de *mitimaes* indígenas de arriba y abajo, no atrapados por las mercedes de tierras, se mantendrán hasta el siglo XIX, lo cual marca la fuerza de la impronta andina, compuesta principalmente de aymaras y quechuas.

En Penco, cuando los indígenas salen a detener la invasión de su territorio por los españoles, la caballería hispánica, y los asaltantes se desbandaron. Murieron más de dos mil indios y 400 fueron hechos prisioneros. Los hizo mutilar Pedro de Valdivia, cortándoles la mano derecha y nariz, y dejándolos volver así donde los suyos. Además de este escarnio, les dijo que el suplicio castigaba a quien hubiera quebrantado sus promesas de someterse al rey de España (Vial, 2006, p. 69).

Los antecedentes indican que, durante los primeros años de la conquista, se entregaron mercedes de tierras de los indígenas a los soldados españoles. Se daban 300 cuabras de tierra, una al lado de otra, y en reiteradas ocasiones los

otorgantes no sabían dónde quedaban. Se asignaban las tierras confiando en el peticionario quien indicaba el lugar y cantidad que iba a ocupar. Como era de esperar comenzaron los conflictos debido a la confusión de los límites. En algunos casos, la muerte de los titulares produjo sentimientos de duda en los herederos y los conflictos de tierras se multiplicaron.

El 4 de julio de 1586, los integrantes del Cabildo, cansados por los pleitos y discusiones, deciden ordenar los deslindes:

Que todas las personas, vecinos y moradores que hay en la ciudad que tienen chacras, muestren sus títulos para que por ellas se midan, las amojongen y se pongan en un libro que está en este Cabildo, por sus linderos y las varas que tienen de sus cabezada y largo, para hacer un patrón de todas las chacaras desta ciudad, para que en esto haya claridad (de Lillo, 1941, p. LXXIII.).

Los conflictos por el despojo de tierras y aguas de regadío, fueron la base misma de la conquista. Desde el comienzo Pedro de Valdivia entregó *tierras y encomienda de indios* a los españoles, lo cual produjo una especie de feudo medieval, generando la explotación de los indios y las peleas entre los españoles ya que todos exigían tierras e indios para tenerlos como yanacunas o esclavos. Finalmente, esto se prohibió.

Pese a que la reina Isabel I de Castilla, llamada *la Católica* (1451-1504), en su testamento recomendó en favor de los naturales: “no consientan ni den lugar a que los indios vecinos y moradores de las dichas Islas y Tierra Firme, ganados y

por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes: mas manden que sean bien y justamente tratados” (de Lillo, 1941, p. LXXV).

Asimismo, a partir de 1523 se comenzaron a emitir las primeras reales cédulas con el propósito de proteger a los indios. En tales circunstancias surgió el Protector de indios, dado que los nativos eran considerados como menores de edad. Inclusive, el mismo Carlos V, en julio de 1550, recomendó establecer escuelas de lengua castellana para que aprendiesen los indios. La emisión de otros decretos, cuyo fin de mejorar el destino de los indios, se promulgaron en 1550, 1571, 1573, 1582, y 1594.

El gobernador Alonso de Rivera, en 1602, designó un agrimensor para iniciar el proceso de mensuras de chacras y propiedades de los españoles erradicados en Santiago. El 22 de noviembre de 1602, el capitán Melchor Jufré del Águila hacía pregonar el decreto de su nombramiento. Los vecinos debían proveer los materiales para señalar deslindes de parcelas, pagar los honorarios del agrimensor y presentar documentos de propiedad.

La tarea de Jufré no era fácil, debido a que había poca claridad sobre la validez de los títulos de mercedes de tierras entregadas por el primer Cabildo de Santiago, Pedro de Valdivia y otros gobernadores. Tampoco hay que olvidar que parte de esta documentación fue quemada en el asalto de Michimalonco. Además, había antiguas ventas dudosas, hechas por caciques y señores de las tierras pero no aclaradas por la justicia real.

En vista de estos problemas, entre otros, el capitán Melchor Jufré del Águila, solicita al Gobernador que envíe mayores instrucciones, tales como:

[...] que los encomenderos no tengan ningún ganado en los pueblos de sus indios, ni cercano a los de los dichos indios pastando en sus tierras, porque demás de que les quitan los mejores sitios, siempre los indios quedan agraviados y desto lo remedie y ejecute el dicho visitador de tierras (de Lillo, 1941, p. 4).

Sin embargo, presionado por la voluntad de los encomenderos y por la inclinación indigenista de Jufré, visto el lento avance de las tareas en el lapso de un año, el Gobernador nombró al capitán Ginés de Lillo para continuar como *Visitador de Tierras*, con las más amplias facultades.

Lillo inició sus tareas el 21 de agosto de 1603 en el sector de Ñuñoa, luego Apoquindo y Las Condes. Paso a paso abarcó todos los alrededores de Santiago. Mensuró por completo el valle del Mapocho y del Maipo. Finalmente, continuó con las tierras Aconcagua, Casa Blanca, Reñaca y Quillota, estableciendo, de este modo, el dominio español en la región central de Chile.

CAPÍTULO II

VIGENCIA CULTURAL INCA EN LA REGIÓN METROPOLITANA

1.- Antropología y vestigios

Cuando se habla de *vestigios culturales* se hace referencia a las huellas que ha dejado el ser humano en su paso por la Tierra a través del tiempo. Se apela a la memoria o noticias de las acciones que han dejado los antiguos y que han servido para ejemplificar y comprender sus motivaciones. Los indicios permiten averiguar un hecho o acontecimiento, hasta llegar a verificar o interpretar su ocurrencia en determinado momento de una cultura.

Según el antropólogo Tylor, la cultura sería “aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualquier otro hábito y capacidad adquirida por el hombre en cuanto miembro de la sociedad”. Por su parte, el sociólogo Bauman afirma que “la cultura es el resultado y el fundamento de la producción material y espiritual de la especie humana [...] es la memoria colectiva” (Tylor y Bauman citados por Gutiérrez, 1994, p. 15).

La Antropología es la ciencia social que estudia al ser humano de una forma integral. Para cubrir el ámbito de su estudio utiliza herramientas, conocimientos y metodologías producidas por las ciencias sociales y las ciencias naturales. Antes de valorar los aportes de la antropología que sirven para esta investigación, nos detendremos en algunos enfoques teóricos considerados también en este estudio.

Desde los cronistas, pasando por los viajeros y otros estudiosos entre los siglos XV al XX, el Tawantinsuyu concitó las más diversas opiniones, respaldadas por una gran cantidad de documentos con distintos puntos de vista o tendencias según cada época. Algunos apoyan la conquista y su obra civilizadora y cristiana, otros valora el carácter magnánimo y civilizador de los incas en el mundo andino y, finalmente, hay quienes critican la conquista por sus efectos devastadores y genocidas.

Después de cuatro siglos de acaecidos los hechos, el debate se mantiene, tanto en la discusión teórico-científica como en sus implicancias políticas. En el tiempo transcurrido la información se ha enriquecido con la lectura de crónicas, archivos, manuscritos antiguos y hallazgos recientemente descubiertos, además de la crítica teórica. La arqueología ha aportado una extensa información sobre culturas anteriores al incario. También la Lingüística y la Antropología Social han contribuido con importantes datos, permitiendo un mayor y mejor manejo de estos conocimientos.

Acerca del Estado inca, quienes profundizaron en los estudios etnográficos y captaron la importancia del *ayllu* en el Tawantinsuyu, concluyeron que este imperio era de carácter comunista; otros, que ahondaron en la estratificación social y las relaciones de poder en la elite gobernante, determinaron que era una sociedad con rasgos esclavistas y despóticos.

Con el advenimiento de las corrientes ideológicas economicistas, el indigenismo moderno y el subjetivismo histórico, que afloraron a partir de 1920, se acentuó la opinión socialista del incario, con un marcado utopismo. Los peruanos José Mariátegui y Víctor Haya de La Torre sostuvieron que el incario era poseedor

de un comunismo agrario primitivo, donde prevalecía la propiedad colectiva, sin explotación de clases sociales y había un bienestar material para todos.

Quienes definían el incario como un estado esclavista, también sospechaban de la existencia de un esclavismo patriarcal imperial muy similar al despotismo oriental. Se basaban en la propiedad estatal del trabajo, en los medios de producción y la utilización creciente de esclavos (*yanaconas*). Postura defendida por Carlos Núñez A., Emilio Choy y Luis Lumbreras (Lumbreras, 1978, pp. 89 y 94).

Otra posición, más moderada, fue la tesis socialista propiciada por Valcárcel, la vanguardia indigenista de su época. Valcárcel fue uno de los que valoró el pasado prehispánico indígena. Para este pensador, el incario fue un Estado socialista, sin esclavitud ni servidumbre y donde la minoría gobernante estaba al servicio de la mayoría. Era un socialismo genuino proveniente de los Andes, donde existió el colectivismo agrario en gran escala, fundamentado en el *ayllu*, una forma de comunidad familiar (Valcárcel, 1978, pp. 141 y 170).

También el investigador francés Louis Baudín, caracterizó al Estado inca como socialista despótico, imperial y militarista. Baudín consideró al individuo del incanato como una herramienta de trabajo al servicio del Estado, y la casta gobernante como un sistema que anulaba la iniciativa y la libertad.

Para el escritor peruano Virgilio Roel, el Tawantinsuyu fue producto de un nuevo tipo de organización económica y sociopolítica. Por su carácter expansionista, derivó en un estado autoritario y centralista, pero diferente a los estados despóticos orientales. Otros autores apoyan esta postura, básicamente porque al interior de las comunidades base (el *ayllu*), no existió la propiedad

privada en relación a la tierra. El trabajo agrario y de obras públicas eran colectivos, la comunidad o *ayllu* era autárquica en lo agrícola y artesanal y existía una cooperación mutua y recíproca entre sus integrantes.

Es pertinente señalar que esta discusión no ha estado exenta de una fuerte disputa ideológica, producto de los dogmas de la época de cada una de ellas; es decir, cada posición ha tenido como propósito medular hallar las fuentes para legitimar determinados esquemas teóricos. En la mayoría de los casos no se ha tenido la preocupación de indagar hondamente en la cosmovisión andina ni, menos aun, considerar la visión de los indígenas de los Andes, o de los descendientes de los incas.

1.1 *Sociedad y religión*

Tomando en cuenta las cuatro estructuras fundamentales que conforman toda sociedad moderna (política, economía, ideología y parentesco), se puede considerar que la sociedad andina también las integra. Sin embargo, la civilización andina desde una cosmovisión espiritual articula lo político, lo social, lo económico, lo tecnológico y lo ecológico en un todo integral. No se reducen entre sí, más bien se articulan armónicamente (Van Kessel, 1980, p. 433).

La religión ha sido ampliamente estudiada y bajo distintos marcos teóricos de las ciencias sociales. Así se pueden leer diversos trabajos de psicólogos y sociólogos donde sobresalen escritos de Tylor, Durkheim y Malinowski, entre otros. En tal sentido, estimamos integral la idea de religión que se desprende de este enunciado que procura definirla: “[...] es un conjunto de símbolos sagrados, entrelazados en un todo ordenado. Para sus creyentes, tal sistema religioso parece proporcionar un conocimiento genuino, un conocimiento de los términos en que la vida tiene, necesariamente que ser vivida” (Geertz, 1973, p. 18).

Desde luego, la religión otorga un modelo de existencia, da respuestas a un determinado contexto socio-cultural a quienes se adhieren a ella. Las conductas religiosas se manifiestan a través de oraciones, ofrendas, ritos, procesiones, cantos y danzas. También a través de la manipulación de estados de conciencia (basadas en sustancias psicotrópicas, estados de dolor y ayuno). Estas acciones denotan la necesidad del ser humano por relacionarse con lo sagrado. La cultura inca es rica en este tipo de manifestaciones de espiritualidad, cargada de elementos míticos, simbólicos y artísticos.

1.2 Desde la Antropología

Se sabe que la Antropología es aquella ciencia social que estudia el funcionamiento, la evolución y el desarrollo de las “otras” sociedades, aquellas que han tenido un desarrollo diferente o desigual al del mundo occidental. La palabra antropología también hace referencia al estudio del hombre como integrante del reino animal, considerado física y moralmente como miembro de una sociedad, la cual produce cultura (Marzal, 1989, p. 14).

El estudio de la evolución del ser humano como ser biológico corresponde a la antropología física, el estudio de las antiguas civilizaciones a través de sus vestigios corresponde a la arqueología, y el estudio de la estructura de los diferentes idiomas corresponde a la lingüística. Todas tienen cierta vinculación con la antropología aunque sus rutas de investigación son diferentes.

El carácter etnohistórico de esta investigación nos lleva a optar por la postura antropológica, la cual afirma que fueron los viajes y las exploraciones ocurridas a partir del siglo XV, las que estimularon los estudios de la diversidad humana y de sus culturas. De modo que la Antropología, como campo de conocimiento, habría re-nacido cuando Europa se pone en contacto con el Nuevo Mundo y los españoles conquistan, colonizan y evangelizan a las sociedades aborígenes de *Abya Yala* y, especialmente, a las altas culturas azteca, maya e inca.

De acuerdo al contexto en que se desarrolla esta indagación, cabe enfatizar que la antropología ha sido dividida en cuatro importantes ramas (Gutiérrez, 1994, p. 12): *la antropología física* que investiga las características físicas y biológicas del hombre, su proceso evolutivo y las variaciones de las diferentes poblaciones

humanas en ambientes diversos; *la antropología cultural* que se ocupa de las tradiciones sociales aprendidas, describe la producción material y espiritual de los pueblos, para lo cual se vale de la etnografía (una sub-rama que puede ser definida como la observación y descripción sistemática de los estilos de vida de un grupo social o cultura concreta) y la etnología (ciencia que permite al investigador comparar distintos grupos sociales para determinar los niveles de desarrollo social y cultural alcanzado por estos); *la antropología lingüística* que estudia las disímiles lenguas que hablan los seres humanos buscando sus relaciones e intentando reconstruir la historia de las lenguas; y *la arqueología*, que estudia los vestigios materiales del pasado mediante excavaciones para reconstruir y entender las culturas ya desaparecidas.

Desde luego, la Antropología será uno de los referentes de base que utilizaremos para desarrollar el presente trabajo. Pues, es sabido que esta ciencia describe y compara los pueblos antiguos y modernos, y trata, a través de la antropología aplicada, dar soluciones a los problemas que enfrentan las diversas sociedades humanas. Por ello es importante indicar que la antropología tiene tres etapas en su desarrollo en el estudio de las *otras culturas*. Estas son:

1.2.1 *Mundo colonial hispanoamericano*

Se inicia en la segunda mitad del siglo XVI, especialmente en México y Perú. Los españoles, al encontrarse con las altas culturas amerindias (palabra que se deriva del término *indio americano*), tratan de transformarlas compulsivamente en lo político y religioso, a fin de someterlas y españolizarlas, para lo cual debieron realizar profundos estudios descriptivos e históricos, de modo tal que acumularon

mucha información y reflexión teórica para lograr sus objetivos. Material que en el siglo XX, tras la crisis de la política *asimilacionista* (en que se redescubre a la gente originaria), se utilizará para dar origen al *Indigenismo Moderno*, bajo el influjo de la antropología anglosajona.

Los funcionarios de la administración española en América estaban al servicio del colonialismo occidental, porque se vieron obligados a estudiar la manera de conocer, manejar y dominar las sociedades que deseaban colonizar. Palerm manifiesta: “Ninguna otra experiencia colonial expresó más claramente que la del Virrey Toledo en Perú las relaciones existentes entre la investigación etnográfica y el establecimiento de un sistema de dominio sobre la población nativa” (Palerm, 1974, p. 226).

Toledo, para conseguir sus propósitos iniciará una minuciosa y prolongada *visita general* del Tawantinsuyu profundo (Cuzco, Huarochiri, Jauja, Guamanga, Chuquiabo, Potosí, La Plata), entre 1570 y 1575. Mediante entrevistas a informantes cualificados con cuestionarios cuidadosamente preparados, recogió una vasta información entre cientos de indios viejos e instruidos, y también de los primeros conquistadores, para obtener datos. El objetivo era conocer lo más detalladamente posible las formas de vida de los incas (administración, creencias religiosas, sistema laboral, tipos propiedad, entre otros aspectos). En el grupo de trabajo de Toledo no había antropólogos, sino expertos que deseaban probar algunas hipótesis descubriendo las costumbres y mecanismos sociales, para luego manipular a la población indígena. Lo que buscaban era hallar fórmulas para justificar la conquista ante la opinión internacional (polémica de los justos títulos), y obtener datos para permitir la dominación absoluta de la población conquistada.

Un ejemplo de esto es el régimen de *encomiendas* y la aplicación de la *mita*. Este último apelaba a prohibir a los indios tener armas de españoles. En definitiva, se intentó “cesar las costumbres antiguas, que han tenido, contrarias a nuestra religión cristiana [...]” (Marzal, 1989, p.138)

La conquista y destrucción de “Las Indias” significaron una catástrofe para las poblaciones aborígenes. La huída de los dioses y la muerte de los jefes dejaron al indígena en una soledad absoluta difícil de imaginar para un hombre moderno.

La evangelización impuesta a *raja tabla* destruyó, a sangre y fuego, sus ídolos y huacas, como lo hicieron en un comienzo la torva soldadesca y algunos sacerdotes. Todo esto hizo reflexionar a algunos sacerdotes. Acosta decía: “antes hay que quitar los ídolos del corazón de los paganos que de los altares [...]. Nada hay que tanto se oponga a la fe como la fuerza de la violencia”. No obstante, Acosta pensaba también que “Dios se desquitó, al preparar de esa manera a los indios para que recibieran con más facilidad el cristianismo” (Marzal, 1989, p. 100).

El franciscano Diego de Landa, el jesuita Bernabé Cobo y otros teólogos y autoridades políticas cumplieron similares funciones, dejando claros vestigios que permiten esclarecer el proceso de la conquista y colonización de América.

Este *pecado original* de la antropología con sus métodos y logros prácticos y teóricos, no desaprueba que se hayan desarrollado grandes conflictos mundiales bajo el costo de millones de vidas humanas con el fin de adquirir mejores niveles científicos.

1.2.2 *La comprensión de las otras culturas como tarea científica*

Esta etapa se desarrolla en la segunda mitad del siglo XIX, cuando profesionales de diversas disciplinas sociales formulan la 'evolución de la sociedad' (la familia, el estado, la propiedad o la religión) con "La cultura primitiva" (1871), de Edward B. Tylor y "La sociedad antigua" (1877), de Lewis H. Morgan, que señalan como ley científica la evolución unilineal de la sociedad humana y sus instituciones. Como acción reactiva entra en escena el *difusionismo cultural*, que privilegia la difusión o el préstamo y que también hace grandes generalizaciones con la misma seguridad científica.

1.2.3 *La comprensión de otras culturas como actividad profesional*

Se inicia en el primer tercio del siglo XX, cuando la carrera de Antropología se institucionaliza en las universidades inglesas y de Estados Unidos, surgen las escuelas nacionales y cuando adquieren renombre la antropología cultural, social y la etnología, con exponentes como Franz Boas, Bronislaw Malinowski, Marcel Mauss y otros. En este mismo período, México, Perú y otros países como Chile, toman conciencia de su población indígena, tras la crisis de la política indigenista liberal del primer siglo de vida republicana, y con los nuevos marcos teóricos de la antropología cultural estadounidense, reestructuran sus programas académicos y políticos dirigidos a los grupos indígenas por la nueva camada de antropólogos y de otros profesionales.

Estos dos últimos puntos son más que todo referenciales, pues no han influido mayormente en esta investigación. Sin embargo, en el estado actual de la Arqueología como ciencia social autónoma, cuyo objetivo es el estudio de los

cambios de la organización social y los diversos comportamientos humanos en el pasado, lo que se logra a través del estudio de los restos o vestigios en los contextos temporales específicos, será uno de los referentes que contemplará esta investigación, especialmente en la prospección, análisis y datación temporal de tumbas, restos humanos, cerámicos, líticos y de otros objetos domésticos.

2.- El "territorio incaico" en la región Metropolitana.

La presente investigación involucra los vestigios de la civilización inca en la Región Metropolitana (en adelante, RM) de Santiago de Chile. La RM limita al norte y oeste con Valparaíso, al sur con la región del Libertador Gral. Bernardo O'Higgins y al este con la República Argentina. Su superficie es de 15.403,2 Km², es la región más pequeña de Chile pero la de mayor población con 7.003.122 habitantes (INE 2009). Está compuesta por las provincias de Chacabuco, Cordillera, Maipo, Melipilla, Santiago y Talagante.

La RM es una de las zonas ambientalmente más alteradas del país, producto del progreso y la acción nociva del hombre. Los preciosos terrenos para que el ganado pastara y el cultivo de alimentos abastecidos por los ríos Mapocho y Maipo, han desaparecido y están cubiertos de cemento y asfalto. Solo los faldeos y laderas australes del cordón de Chacabuco se han mantenido, recordando el paisaje original de la región hace más de 500 años. Desde este sector hasta los valles próximos a Santiago predominan los rales de bosques, dominado por arbustos altos y árboles diseminados en forma extendida, con un denso estrato de plantas herbáceas. En las especies leñosas dominan el espino y el algarrobo, entre otros.

En el año 1541, Chile o *ancha chiri* como llamaban las etnias precolombinas a estas tierras, la zona cercana a la provincia del Mapocho era un hermoso y gran llano, cuyos montes proporcionaban abundante y beneficiosa madera, tales como el canelo, el arrayán, el sauce, el espinillo, el guayacán, además de palmas y

molles. Estas zonas rebosaban de vida natural, tal como el cronista Gerónimo de Vivar describe en sus anotaciones:

Las aves de la tierra son: perdices, palomas, torcazas, babancos, garzotas y águilas pequeñas, y guabras, que es un ave a manera de cuervo que tiene la propiedad de comer cosas muertas, y tórtolas, y patos –son muy buenos- y pájaros pequeños. Hay jilgueritos y siete colores, gorriones, tordos, golondrinas y lechuzas y mochuelos; hay papagayos de dos o tres maneras. Hay halcones pequeños...De sabandijas hay zorras, nutrias, topos, hurones, ratones, culebras, lagartijas, y sapos, más no son ponzoñosos. Hay renacuajos y mariposas [...] alacranes y moscas [...]" (Vivar, 1979, p. 61).

2.1 *El Cerro El Plomo*

Esta montaña está ubicada en la Región Metropolitana de Santiago. Tiene una altitud de 5.424 metros sobre el nivel del mar; es el punto más alto visible desde la ciudad de Santiago de Chile. Los incas del Collasuyu lo llamaron *Apu*, lo que se traduce como *guardián* y es posible interpretar que los indígenas valoraban esta montaña como el *guardián del valle*. Actualmente, es una de las mayores metas de los andinistas.

La ladera sur de esta montaña se encuentra cubierta en parte por el glaciar Iver, dándole su forma característica de casco. Abastece de agua al estero Molina, que al juntarse con el estero Yerba Loca, forman el Río Mapocho.

El cerro *El Plomo* domina todo el valle central del Maipo, abasteciéndolo generosamente de agua proveniente de sus diversos glaciares. Desde los glaciares más occidentales y septentrionales, en cambio, el Plomo alimenta al río Maipo, formando el principio del río Olivares, afluente principal del río Colorado, que antes de dejar los valles cordilleranos interiores se fusiona con el caudaloso río Maipo.

El Plomo es visible desde prácticamente todo el valle central del Maipo, desde Graneros hasta Lampa. También lo es desde todas las altas cumbres de la zona, incluyendo aquellas de la cordillera de la costa. Por esta razón, y por su imponente figura maciza, el Plomo fue escogido como santuario por los incas. En él se realizaron muchas ceremonias de culto al sol. La ceremonia más conocida consistía en el sacrificio de hombres o mujeres jóvenes, llamada por los incas *Capac cocha*.

En el cerro El Plomo, en su cumbre y antecumbre, se hallan construcciones de piedra de tiempos precolombinos, y cerca de su cima se descubrió a un niño inca momificado que llevaba más de 500 años en reposo. Expertos dicen que habría sido sacrificado para transformar el cerro en un lugar sagrado. En la actualidad, el niño se encuentra en el Museo de Historia Natural de Santiago, aunque no para su exposición al público, debido a que el Museo no ha podido reunir los recursos necesarios para su manutención en un ambiente apropiado.

2.2 *El Cerro Chena*

Este cerro forma parte de un gran cordón rocoso y se ubica al oeste de la comuna de San Bernardo. En sus cercanías se encuentra el cerro alto Cumbre San Jorge, la parte más alta de esta hilera montañosa. Dentro de este cordón rocoso se encuentra un cerro llamado Pucará, en el cual hay ruinas de lo que se creía una antigua fortaleza inca. Estudios recientes aluden a una *Huaca sagrada*, lo que se entiende como un lugar de ceremonias.

La *Huaca de Chena*, también conocido como el *Pucará de Chena*, es una fortaleza promaucae, que fue usado como observatorio astronómico y, por los incas, como centro ceremonial o huaca sagrada. Está ubicada sobre la puntilla de Cucará, pequeña eminencia orográfica que sobresale hacia el sur del cordón de los cerros de Chena, en la cuenca de Santiago, comuna de Calera de Tango, provincia de Maipo. Tala Canta llabe fue el último inca que celebró el Inti Raymi en este lugar, una antigua ceremonia andina en honor al dios sol.

2.3 Pucará de La Compañía

El cerro Grande de La Compañía está ubicado en la comuna de Graneros en la zona central de Chile, al norte de Rancagua en el Valle del Cachapoal. En este lugar existe una fortaleza promaucae que, posteriormente, fue utilizada por los incas. Su importancia radica en que es una de las edificaciones más australes que se conservan del Imperio inca, junto con el pucará del cerro La Muralla, en la comuna de San Vicente de Tagua Tagua. El pucará de La Compañía es un monumento histórico y arqueológico de Chile.

El cerro de La Compañía (677 m.) tiene una larga historia de ocupaciones humanas datadas entre el 1000 y el 1540 d.C. La expansión inca-diaguita alcanzó estos territorios alrededor de 1480, estableciendo en la cumbre de este cerro-isla el hito fronterizo meridional. Se destaca el carácter defensivo de la construcción, aunque se han encontrado numerosas *collicas* o depósitos de alimentos, lo que se estima pudo deberse a la necesidad de mantener el aprovisionamiento de reserva ante un eventual conflicto. La fortaleza indígena del cerro grande de la compañía se localiza en el valle de Rancagua, en un cerro isla a unos 90 kilómetros al sur de Santiago.

Este cerro presenta una serie de escalones rocosos naturales, un acantilado en su ladera norte y antiguamente estaba rodeado por extensas ciénagas de las cuáles aún quedan vestigios en la actualidad. La ubicación estratégica de este sitio aparece reforzada por la óptima visibilidad hacia todos los sectores del valle de angostura de Paine y Cuesta de Chada por el norte,

Angostura de Rigolemo por el sur y faldeos de la Cordillera de los Andes y de la Costa.

2.4 *El Camino del Inca o Capac Ñam*

El *Capac Ñam* o Camino del Inca, proveniente desde Tacna, cruzó longitudinalmente la precordillera de Arica en dirección a Tarapacá y Atacama, es atravesado por numerosos ramales transversales o caminos secundarios que permitían la conexión de las tierras altas con la costa. En su trayecto, la red vial vinculó un conjunto importante de aldeas agrícolas, pucaros e instalaciones de acopio y refugio en sus inmediaciones.

El camino accede a la cuenca del río Maipo por colina, luego toma la Avenida Independencia y la calle Bandera, en el mismo centro de la actual ciudad de Santiago de Chile. Más al sur la información sobre su continuación es inexacta. Sin embargo, el Cronista Gerónimo de Vivar, en 1558, relata la existencia de dos puentes colgantes incas sobre el río Maipo, uno de los cuales posiblemente coincida con el actual puente Los Morros. Estos debieron conectar con el camino recientemente descubierto en el río Yeso, tributario andino del río Maipo, el que parece dirigirse a la cuenca trasandina del río Tunayan (Vivar, 1996, p. 57)

Lo que hoy ocupa la Avenida Independencia de la ciudad de Santiago, fue parte del Camino del Inca por donde ingresaron las huestes de Pedro de Valdivia en 1540. Tanto soldados como *yanacunas* (indios de servicio), ingresaron a la

cuenca del Río Maipo y cruzaron el Río Mapocho para tomar posición de los principales edificios de este centro administrativo inca.

En Santiago, el Cápac Ñam seguía el eje de la hoy Avenida Independencia, la calle Puente, la Plaza de Armas, la calle Ahumada y la calle Arturo Prat. Hacia el sur, desde Maipo hasta Cachapoal, su trazado solo se ha podido inferir conectando los restos de varios centros administrativos y fortalezas incas, con antiguos caminos coloniales que los habrían reutilizado, junto al registro en crónicas españolas de puentes del inca sobre los principales ríos de estos valles. También se han localizados restos de algunos tambos o posadas camineras construidas a la vera de los caminos, que consistían de unos pocos recintos rectangulares con muros de piedra canteada abiertos a un patio central. El más cercano a San Vicente es precisamente la localidad de El Tambo desde el Tambo de Malloa.

Los pueblos originarios que cruzaron el Camino del Inca hasta las orillas del río hoy llamado Mapocho no podían imaginar que 500 años después 5 millones de personas poblarían la capital de Chile. Por ese camino, el conquistador Pedro de Valdivia, emisario de Francisco Pizarro, arribó al valle del Mapocho y fundó Santiago. El nombre fue un tributo del conquistador al apóstol y santo patrono de España. La ciudad fue diseñada al estilo español, con una Plaza de Armas al centro y una red de calles en forma de tablero de ajedrez.

CAPÍTULO III

VESTIGIOS INCAS EN LA REGIÓN METROPOLITANA

1.1. *La Capaj Kocha (el niño inca del cerro El Plomo).*

A comienzos del siglo XX, arrieros y andinistas sabían de la existencia de posibles entierros en la cumbre de algunas montañas de los Andes, especialmente donde habían *Pircas de indios*, un lugar arqueológico donde se encuentran reliquias. Décadas anteriores, curas, arrieros y andinistas excavaron ciertas ruinas donde descubrieron objetos de oro y plata (figuritas antropomorfas de camélidos y conchas marinas enterradas por los incas). Guillermo Chacón, viejo minero y arriero de Puente Alto, cada vez que tenía la oportunidad se internaba por las altas montañas explorando sus lomadas y rinconadas. Varias veces ascendió al cerro El Plomo en busca de una mina o unas pircas de indios como señal. Soñaba hallar una rica veta de metal o un fabuloso tesoro escondido. El año 1923, Chacón había descubierto cerca de la cumbre de este cerro un conjunto de pequeños muros en ruinas que llamaron su atención.

El minero volvió a subir a la montaña en 1927, acompañado de parientes y amigos. Al escarbar una serie de *pircas* hallaron unas estatuillas de oro y plata y medallones de oro laminado. Los ídolos estaban vestidos de túnicas tejidas y adornadas con finas plumas rojas y amarillas, sujetadas con alfileres de metales preciosos. Los hechos permanecieron en secreto hasta 1929. La noticia llegó a la prensa haciendo público el hallazgo e incluso se publicó la fotografía de Guillermo Chacón en la portada del diario La Nación de aquella época.

El verano de 1954, Chacón, con 73 años de edad, hizo su última expedición al cerro El Plomo. Por su avanzada edad, el frío glacial y los fuertes vientos, no pudo llegar a la cumbre. Sus acompañantes continuaron con instrucciones precisas acerca del lugar de excavación. Era el 10 de febrero y su amigo Gerardo Ríos (38) con su sobrino Jaime Ríos (22 años), escarbaron (con chuzo y pala) el suelo helado de la última *pirca de los indios*. Bajo una gran piedra plana hallaron un niño indio sepultado bajo la loza congelada de pedruscos y tierra. Removida la cámara sepulcral, los profanadores encontraron varios objetos de oro y plata, además de adornos funerarios. Una bolsa recamada de plumas rojas y blancas con hojas de coca en su interior y cinco bolsas pequeñas de cuero que contenían recortes de uñas y dienteitos de leche, entre otros objetos. El niño hecho momia fue llevado a un saco, para luego bajar hasta unos 4 mil metros de altura (Piedra Numerada). Allí lo escondieron en una cueva del cerro. El niño congelado pesaba en ese entonces unos 35 kilos (peso normal de un niño de 8 años).

Días después, Chacón y Ríos fueron a ofrecer la momia a los antropólogos del Museo Nacional de Historia Natural (MNHN) en Quinta Normal, llevando como evidencia una de las estatuillas encontradas. Cuando les preguntaron acerca de dónde se encontraba la momia del niño indio respondieron que se hallaba oculta en la cordillera. Un diario de la época escribió:

El 16 de Febrero [sic] recién pasado [...], la Dra. Grete Mostny, Jefe de la Sección de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural, recibió la visita de un campesino que dijo ser arriero cordillerano y éste le contó que habría encontrado en la cordillera

una momia indígena. La señora Mostny se interesó vivamente por la noticia y pidió algunas referencias suplementarias (La Nación, 1954, p. 42).

Los objetos de metal desaparecieron; se especula que fueron vendidos por Ríos y Chacón. Semanas después del hallazgo, volvieron a subir al cerro El Plomo para bajar al niño y llevarlo hasta Puente Alto. Al sacarlo de la cueva (sector Piedra Numerada) donde lo habían escondido, Ríos se habría sorprendido mucho ya que la momia había adelgazado y ahora pesaba sólo quince kilos, además de emanar un aceite de su cuerpo y sangrar por sus oídos (Muray, s.f. p. 35),

En Puente Alto y en casa de uno de los arrieros el niño fue colocado en un altar improvisado. Treinta días después, la señora Mostny y otros especialistas concurren a Puente Alto y vieron la momia con sus propios ojos. Quedaron tan impresionados que aseguraron que el museo haría cualquier sacrificio para comprarlo (Muray, s.f. p. 36).

El Museo Nacional de Historia Natural (MNHN), finalmente, compró la momia del niño a los arrieros *huaqueros*. Chacón exigía 85 mil pesos incluyendo el ajuar, pero debió aceptar solo 45 mil de oferta. Antes de cumplirse dos semanas, la momia comenzó a exhibirse en el MNHN y, por dos pesos, la gente podía verla directamente. La primera plana de un diario tituló: “La momia atrajo ayer a 5.000 personas a la Quinta Normal [...]” (Diario La Nación, 1954, p. 24).

Grande fue el impacto noticioso con titulares como: “El Plomo guarda el tesoro de los Incas”, “Expectación mundial ante hallazgo de una momia”. Debido a

la importancia de este hallazgo y al impacto noticioso mundial que suscitó el descubrimiento arqueológico, los expertos del MNHN se abocaron a llevar a cabo exhaustivo estudio científico a la momia, a la vez que organizaron expediciones al cerro El Plomo para efectuar un examen más descriptivo de la fosa mortuoria y rescatar posibles restos de material arqueológico que pudiera haber quedado en el sitio.

3.1.1 *Investigación arqueológica y antropológica*

Los primeros estudios arqueológicos y antropológicos de la momia los realizó la doctora Grete Mostny, quien concluyó que la fosa donde hallaron la momia perteneció a la cultura inca. El niño estaba sentado en el suelo, con sus piernas recogidas y sus brazos colocados en torno a ellos, los que a su vez se hallaban cubiertos con una túnica corta, tejida con lana de alpaca color gris, y sus ojos cerrados parecían indicar que dormía al momento de morir. Por sus rasgos físicos y adornos de jaguar debía ser de alguna etnia cercana al lago Titicaca.

La cara del niño estaba pintada con cuatro franjas de color amarillo que convergían en la nariz y la boca. Su cabello estaba ordenado en 200 trenzas. Su cabeza ceñía un *llauto*, uno de los atuendos particulares de los gobernantes incas, el cual estaba trenzado con lana de color negro, más un tocado con flecos también de lana, que sujetaba en su centro un penacho de plumas de cóndor blanco y negro. En su mano izquierda portaba un brazalete de plata con forma de media luna. Vestía una camiseta o *unco* de lana y auquénido con 4 listas de piel blanca y rojo de vicuña a modo de flecos. Llevaba mocasines o *hisscu* adornados con

cintas bordadas de color rojo, amarillo, celeste y gris. Portaba una bolsa o *chuspa* tejida con lana de vicuña que contenía hojas de coca y otras dos bolsas de escroto que contenían diversos elementos tales como uñas, cabellos, lana y dientes de leche. El ajuar se completaba con varias estatuillas pequeñas de oro, plata y spondylus, este último conocido como el oro rojo de los incas. Las figuras tenían formas de auquénidos y de humanos de ambos sexos.

Los estudios somatométricos del niño indígena del Plomo, los realizó el especialista Fidel Jeldes, quien señala que las mediciones son normales a las de un integrante *de* nuestros pueblos indígenas. Su sexo corresponde al masculino y los tejidos blandos revelan, al momento de la muerte, un estado nutricional bueno (MNHN, 1957).

El Dr. Luis Prunes, entre otras cosas, agrega que el niño habría sufrido una úlcera hemática, correspondiente a una actima de una afección cóccida de la piel en cicatrización. Además, las arcadas dentarias muestran una dentadura en buenas condiciones. Finalmente, el Dr. Luis Prunes, concluye que “el desarrollo del esqueleto y de los núcleos de osificación, corresponden a una edad radiológica (ósea) de 8 a 9 años y en ninguna pieza del esqueleto se han identificado lesiones de tipo traumático” (MNHN, 1957, p. 54).

En este mismo sentido el Dr. Ángel Hoces y el Sr. Luis Mosella, quienes realizaron un estudio dactiloscópico, agregaron que “El resultado obtenido revela que las figuras dactilares y plantares presentan un aspecto normal y no difieren

grandemente de las que se pueden observar en la actualidad”. (MNHN, 1957, p. 56).

Los exámenes parasitológicos llevados a cabo por el Dr. Pizzi, (jefe Laboratorio de Parasitología de la Universidad de Chile), señalan que el niño en sus últimos días recibió una alimentación regular. Sin embargo, en el examen microscópico se hallaron huevos de *Trichiurus trichiura*, lo cual permitió reconocer en su interior un cigoto (no segmentado) de aspecto normal. “No se observan huevos embrionados. Se observan elementos sospechosos que corresponden a quistes de *Entamoeba coli*, los que se presentan alterados...Se observó flota bacteriana escasa (posiblemente en contaminación), cuyo estudio se encuentra en curso” (MNHN, 1957, p. 59).

Los Drs. Tomás Tobar P. y Alfredo Vargas B. realizaron el estudio histológico en un pequeño trozo de piel sacado al niño inca al día siguiente de haber sido entregada la momia al MNHN. La conclusión de tales análisis permitió comprobar que la piel respondió igual a la de un cuerpo recién fallecido, considerando que el niño inca permaneció alrededor de 500 años sepultado:

El estado de momificación observado en este tejido, corresponde a un proceso mixto, en el cual se ha podido evidenciar la llamada momificación propiamente tal o estado de momia seca y la transformación adipocírica parcial o estado grasa; esta última en mucho menor grado que la primera (MNHN, 1957, p. 62).

Los estudios también permitieron comprender su perfecto estado de conservación. Esto se debe a que estuvo sepultado en un suelo permanentemente congelado, lo que impidió su descomposición. El proceso de momificación natural se inició con el traslado del cuerpo hacia diferentes condiciones climáticas producto de la humedad, el aire y composición mineralógica del terreno.

Seis meses más tarde, el Dr. T. Pizzi, volvió a efectuar un examen histológico al cadáver del niño inca y concluyó que, según el estado de conservación de la piel, se trató de un individuo con abundante pigmento melánico epidérmico, el que alcanzaba también a capas superficiales del dermis.

Los estudios odontológicos efectuados por la Dra. Elsa Ortúzar R. (cirujano dentista) reflejaron que los incisivos superiores, centrales y lateral izquierdo, más el canino superior derecho estaban en perfecto estado de conservación. Además, dicha investigación mostró la existencia de alteraciones del esmalte coronario en todas las piezas y trizados en sentido vertical, lo que indica la dirección del mayor esfuerzo masticatorio.

Los estudios realizados indican que el niño llegó vivo a la cumbre hasta quedarse dormido. Su cuerpo no presentaba lesiones internas ni externas. Se presume que murió por congelamiento luego de haber ingerido alguna sustancia somnífica y, en ese estado, fue depositado en su fardo funerario.

Los trabajos arqueológicos llevados a cabo, señalan que los incas disponían de una determinada logística para realizar este tipo de entierros. Dicho de otro modo, la ruta de ascenso para llegar a la cumbre disponía de diversos

campamentos o refugios para albergar a la comitiva (guías, sacerdotes y peregrinos del culto), además de equipos, utensilios y víveres. La primera estación se ubica frente a una cascada donde nace el río Mapocho. Hoy en día, al llegar a los 3.400 metros existe un segundo conjunto de ruinas con 5 recintos amurallados con piedras y una plataforma del mismo material, ubicada en la base del cerro *El Plomo* llamada *Piedra Numerada*. Cerca de la cumbre existe una tercera plataforma circular de unos 9 m. de diámetro por un metro de altura, y en su centro posee una cavidad circular de 2 metros de diámetro conocida como *El adoratorio*. En la cumbre misma, a 4.500 metros de altura, se halla emplazada la cuarta y última plataforma llamada *El enterratorio*, la cual está formada por tres pircas rectangulares de un promedio de 6 metros de largo, 2 de ancho y unos 80 cm. de alto. En una de estas tres fue enterrado como una ofrenda el niño inca. Sin embargo, este tipo de ofrenda o entierro no fue el único.

3.1.1 *Culto, rito y ofrendas*

Uno de los principios básicos de la cultura inca era el culto a la madre tierra. Esta exigía el pago u ofrenda por adelantado al solicitar bondades a la divinidad tales como cosechas abundantes y multiplicación del ganado, entre otras. Los ritos y ceremonias se realizaban en las *huacas* o *apus* (montañas, *pacarinas*, *chacras*, manantiales, corrales del ganado y *apachetas*) de las ciudades y *ayllus*.

Cada culto disponía de un protocolo preestablecido según la ocasión y la costumbre. El rito era oficiado por líderes espirituales y acompañado por las máximas autoridades. Las primicias que se ofrecían a la divinidad, en las festividades regulares, generalmente eran auquénidos u otros animales criados personalmente, así como alimentos, bebidas, tejidos y objetos valiosos. Se quemaban hierbas aromáticas y se vertía chicha sobre la tierra, todo ello mediante una sofisticada parafernalia. En situaciones especiales la ofrenda de más valor era el sacrificio humano. Las víctimas eran niños de 10 años de edad físicamente perfectos. Sin embargo, lo que más sacrificaban eran llamas y cuises. Por ejemplo, en años de sequía, se imploraba con humildad y llanto al dios *Wiracocha* para que hiciera caer las lluvias que tanto escaseaban. Junto con ello privaban de agua a una llama, creyendo que la plegaria del animal sería más efectiva.

Los sacrificios humanos que realizaban los incas sólo los practicaban en casos excepcionales, con el fin de evitar algún tipo de peligro o amenaza. La ofrenda del niño inca en el cerro El Plomo se realizó después de la conquista, por lo cual es posible interpretar que fue una ofrenda máxima para solicitar a sus

dioses que detuvieran la muerte de tanta gente inocente que trajo la conquista española. La ofrenda se habría hecho para aplacar el desenfreno, las humillaciones, los despojos, y la usura por el oro que animaban a los invasores.

Efectivamente la conquista significó para los quechua-aymaras, un cataclismo moral y espiritual de dimensiones colosales. La vergonzosa captura y muerte del Inca, la destrucción de su gobierno y sus funcionarios, el inflexible control de los *curacas* locales, la catástrofe demográfica, el agotamiento de los recursos humanos (esclavitud y servidumbre), el saqueo de las riquezas, la cristianización forzada, la extirpación de idolatrías, provocaron el desmoronamiento casi total de la sociedad andina. En este sentido, el jesuita y antropólogo holandés Van Kessel expresa:

El traumatismo de la conquista consiste en el shock psicológico que fue causado por la venida de los conquistadores, la derrota de los dioses autóctonos y la desintegración de las instituciones sociales fundamentales, a consecuencia de la reorganización administrativa, económica y social llevada a efecto por el poder colonizador (Kessel, 1980, p. 156).

Esta sería la principal causa de sacrificio del niño inca y otras ofrendas realizadas en las altas montañas de los Andes.

3.2 El *Pucara de Chena* y el *Pucara del cerro La Compañía*.

La palabra *pucara* en lengua quechua y qymara quiere decir *fortaleza*. Los primeros antecedentes que hemos encontrado sobre el cerro Pucara de Chena, se remontan a marzo de 1579, en el momento en que el capitán Alonso de Miranda toma posesión de las tierras de Malloe (hoy ex- fundo Catemito). El Pucara de Chena se halla ubicado en el lado sur poniente del cordón de los Cerros de Chena (33° 35' S.; 70° 44' W.), en la cuenca de Santiago, el cual sería parte del afloramiento rocoso del período mesozoico.

El Pucara de Chena es un cerro pequeño que se presenta un tanto aislado en una de las estribaciones del cerro principal. Actualmente separa las aguas de las Municipalidades de San Bernardo y Calera de Tango. Su cúspide presenta una planicie estrecha de 638 m² y ofrece un clima templado y cálido, con una flora dominada por el espino que coexiste con la maravilla, el huañil, el guayacán y algunas cactáceas columnares.

Al descubrirse el primer cementerio incaico en San Agustín de Tango (ubicado al poniente del Pucara de Chena) en 1925, se despertó cierto interés académico por el lugar. Sin embargo, 27 años después crecería la motivación de los científicos por investigar el lugar, en parte gracias a la colección arqueológica de la familia Valdez, quienes exhibían piezas exclusivas de cerámica inca (encontrados en dicho cementerio indígena ubicado en estos terrenos). Es así que a partir de 1957, el profesor R. P. Schaedel, a la cabeza de otros expertos del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, iniciaron un proyecto de rescate de los cementerios de San Agustín de Tango, una prospección de las ruinas del cerro Pucara de Chena y sus alrededores.

Con los antecedentes hallados por Schaedel, se concluyó que el cerro cumplía la función de fortaleza o refugio defensivo para la población precolombina (agricultores incas y sus familiares) instalados en el sector de San Agustín de Tango. En 1975 se iniciaron nuevos y más profundos estudios en el Pucara de Chena. El estudiante de arqueología Rubén Stehberg realizó excavaciones sistemáticas en las antiguas ruinas, un levantamiento de restos arqueológicos y el despeje de las construcciones de la cumbre. Algunas de sus conclusiones apelaron a una gran plaza rectangular en la cima, rodeada de recintos rectangulares con sub-recintos en el interior, y pasillos que los intercomunicaban. Además, recolectó abundante material cultural, especialmente cerámica, instrumentos líticos y restos óseos. Stehberg permitió, especialmente a los investigadores, entender la función que cumplía las construcción del *Pucara*, su vínculo con los *mitimaes* incas y los cementerios existentes en la región.

Se podría decir que las construcciones que tiene este cerro denominado Chena, corresponden a un conjunto de 9 recintos situados en la cumbre del cerro y dos muros de circunvalación a modo de trincheras defensivas. Entre los primeros destaca un gran recinto que cubre la parte superior de la cumbre de 50x26 m. delimitado por un muro bajo de piedra, al que se accede por el lado sur. En el rincón de este recinto se halla un estrado de piedra y tierra de 8 m. de diámetro excavado. Adosados al gran recinto se encuentran varios otros, uno al costado norte, semicircular y de 17 m. de diámetro, también parcialmente excavado; otros dos al costado nor-poniente, uno de 17x11,7 m. próximo a la esquina y el otro similar de 17x 8,4 m. al sur-poniente. Al lado sur del mismo gran recinto se hallan acoplados otros dos con superficies de 13,9x10 m. y 12,5x 10,6

m. respectivamente con puertas de acceso hacia interiores y pasillos. Dentro de estos últimos se halla un recinto pequeño con puertas también hacia el interior.

Referente a los muros de circunvalación, el primero se halla a unos 190 m. de la cumbre y el otro a unos 120 m. de la puntilla. Son pircados de piedra que circundan el cerro por sus faldeos y en un nivel ascendente hacia el lado norte.

Las piedras fueron extraídas de la cantera ubicada en la parte baja y al costado sur del mismo cerro. Las piedras recogidas en las excavaciones y despeje de los muros de la cumbre, dieron un total de 53 m. cúbicos, que a razón de 80 piedras por metro cuadrado, arrojaron la cifra de 4.240 piedras caídas. Los cálculos hacen suponer que los muros originales deben haber tenido una altura entre 1,0 y 1,60 m. de altura, formadas por 6 a 10 hiladas de piedras superpuestas.

Las excavaciones realizadas en los intramuros arrojaron un abundante material lítico y especialmente cerámico. Fueron halladas una flauta de combarbalita, piedras de moler talladas con forma de bateas portátiles, con su mano para moler y machacar granos, discos de piedra de formas cilíndricas, puntas de flechas triangulares de sílice y otros objetos trabajados en piedras.

La gran cantidad de fragmentos cerámicos rescatados, resultaron de factura inca. Estas se clasificaron en dos tipos: no decoradas y decoradas. Las no decoradas, correspondían a piezas de aribaloides, ollas, platos, jarros y otros objetos globulares, con superficies bien pulidas (tanto internos como externos) y que van de 4 a 12 milímetros de espesor. Había algunos con engobe rojo y otros pintados del mismo color, como también de color café, gris alisados y negro pulido. En cuanto a cerámica decorada su número resultó mayor. Stehberg

clasificó 43 fragmentos entre los de más significación por su tamaño, decorado (tanto interior como exteriormente) correspondiente a piezas determinadas, pudiendo ser: platos, aribaloides, ollas, jarros, escudillas, entre otros. Algunas contenían figuras antropomorfas (máscaras humanas, aves y otras expresiones), los fragmentos tenían decoraciones pintados con diferentes combinaciones de colores (rojo, café, blanco, gris, crema), según el estilo y diseño, ya cuzqueño o diguita-incaico (pasta, engobe, pulido, incisiones, textura, forma, cocción, grosor, composición de la arcilla y utilización), figurando en ellas franjas, reticulados, figuras geométricas, líneas paralelas, quebradas y onduladas, clepsidras, entre otras. Finalmente se halló, junto a los elementos líticos y cerámicos, profusos restos de huesos de camélidos, conchas de moluscos marinos y una hoja de hacha de cobre.

El Dr. Stehberg asevera que, junto con iniciar el trabajo de arqueología en la cima del Pucara, revisó todo el material publicado relativo al tema y visitó tanto la colección de cerámica inca de San Agustín de Tango (en casa de la familia Valdés) como los ceramios hallados en Nos (íntegramente descritos y fotografiados por el MNHN, donde se hallan depositados desde 1970).

Luego, el resumen de los trabajos prospectivos de la cumbre permitieron al investigador, asociarlo temporalmente con el papel que desempeñaban los actores en la ocupación inca en la zona (los supuestos soldados incas que custodiaban el Pucara y las actividades agrícolas que realizaban los mitimaes inca-diaguitas en el sector), y su vínculo con los cementerios hallados.

La primera asociación fue con las otras fortalezas indígenas o *pucaraes* de la zona Central y sus respectivas referencias bibliográficas, tanto de cronistas y de

historiadores (Medina, Guevara, Iribarren y Bergholz, entre otros), algunas conocidas, visitadas y descritas, otras sencillamente no certificadas. Entre estas fortificaciones atribuidas a los incas básicamente por sus muros de piedra, se pueden enumerar: Aconcagua, Cachapoal, Collipeumo, Chocalan, Cerrito el Golf, Itata, Lampa, Marga-Marga, Mauco, Maule, Molaca, La Muralla y Yaquil. Varios de ellos por estudiar.

La segunda asociación fue con los cementerios, especialmente los cementerios ubicados en la localidad de San Agustín de Tango (33° 36' LS, 70° 45' LW), en el sector nororiente de la Municipalidad de Calera de Tango y cerca del Pucara de Chena:

[...] en 1925 durante faenas de apertura de un canal de regadío, arrojó osamentas humanas orientadas de oriente a poniente, con ajuares consistente en vasijas dispuestas alrededor del cráneo. Los enterratorios, uno de ellos múltiple con por lo menos ocho esqueletos, se hallaban en bóvedas a casi un metro de profundidad. El segundo cementerio, ubicado a unos 600 m. al poniente del anterior es muy similar, pero potencialmente más rico (Stehberg, 1976, p. 19).

Este último contenía 22 tumbas con 60 ceramios en total. 30 de ellos fueron fotografiados y descritos (MNHN), unos 10 no pudieron ser registrados por estar repartidos entre la familia Valdés. Las 20 piezas restantes (12 huacos decorados, 4 escudillas, 2 platos decorados y 2 jarro-pato), fueron rematadas en la Casa Ramón Eyzaguirre de Santiago, el 27 de mayo de 1972.

Posteriormente Stehberg los asoció con los ceramios de Nos, sin dejar de lado los cementerios hallados en otros lugares de Santiago. A este respecto, se ha verificado que, desde el año 1970, el MNHN ha venido realizando trabajos de salvataje o rescate de piezas arqueológicas en distintos lugares de la RM, para estudiarlos, clasificarlos y guardar dicho material cultural en sus dependencias. De este modo el MNHN, se hizo presente en las obras de construcción de un pequeño embalse en el asentamiento *Los Valientes* en Nos (33° 38' LS, 70° 43' LW), sector sur de la Comuna de San Bernardo, cuando apareció un cementerio indígena del que se exhumaron 28 sepulturas pertenecientes al período inca-local, Describimos el caso de estos cementerios, por estar íntimamente ligados a las funciones que se desarrollaban en torno al Pucara de Chena.

Luego, el análisis detallado de la factura, diseños y decorado de la cerámica, de los tres lugares en estudio, permitió a Stehberg, afirmar categóricamente que la fortaleza de Chena, fue intensamente ocupada por los incas. Las notables semejanzas en las formas y decoración cerámica, permiten vincular estrechamente su ocupación con los cementerios incaicos de la zona central, en especial los de San Agustín de Tango y Nos. Se debe recalcar por otro lado, la fuerte vinculación de la cerámica del Pucara, con la del desarrollo diaguita-incaico del Norte Chico.

La aculturación apresurada de los Picunches de la Zona Central permite apreciar el uso que se les siguió dando a las ollas y jarros utilitarios. Sin embargo, la influencia Aconcagua Salmón, detectada en otros cementerios y yacimientos de la zona, está completamente ausente en los sitios en descripción (Stehberg, 1976).

Otro factor que Stehberg agregó a sus estudios se relaciona con el abastecimiento de agua fresca para la fortaleza del cerro Chena, en caso de guerra prolongada. En tal situación, al no poder acceder a la acequia que pasa a los pies de la fortaleza (construida también por los mitimaes incas para llenar sus aríbalos), los sitiados podían extraer el agua que manaba en una vertiente ubicada en la parte alta del cerro Chena, inmediatamente al norte del Pucara y a media hora de camino.

Finalmente, cabe preguntarse ¿Cuál era la función que cumplían las construcciones emplazadas en la puntilla de este cerro? La respuesta surgió fácilmente después de asociar esta construcción con otros pucaros o fortalezas, tanto en el norte como en el sur del país. Esto fue mencionado por el cronista del siglo XVI Cieza de León. Él decía que los incas, para ir asegurando sus conquistas, ordenaban hacer sus fortalezas, tanto en cerros como en laderas, ya que en caso de pérdida pudiesen traspasarse a la otra construcción más alta sin ningún problema (De León, 1967, p. 56)

Estos datos permitieron al investigador Stehberg postular y probar una hipótesis. El Pucara de Chena fue una fortaleza cuyo objetivo era proteger a toda la población de colonos mitimaes que trabajaban de la cuenca de Santiago. Ya que efectivamente el cerro posee una ubicación privilegiada y su geografía está constituida por laderas muy escarpadas y de muy difícil acceso a su cumbre, la disposición de los recintos y muros, dan a entender que respondían a una razón estratégica.

Esto llevó a suponer, con una visión economicista y militarista, hasta 1980 del siglo pasado, que la fortaleza de Chena antes de 1530, estaba ocupada por

una reducida guarnición de centinelas y soldados incas en el lugar. Este conjunto de elementos permitiría a los cusqueños visualizar a sus enemigos, los *promaucaes*, y defenderse en caso de ser atacados.

Transcurrido más de 30 años desde la prospección arqueológica en la cumbre del Pucara de Chena, han aparecido nuevas ideas y han ocurrido nuevos hechos y descubrimientos que permiten revisar y actualizar los conocimientos y la comprensión del fenómeno: la presencia del Tawantinsuyu en la cuenca del Mapocho, antes de la conquista hispánica.

Según la visión de la cultura andina, el diseño de la *geografía sagrada* del Cerro Chena fue trazado por el sol y construido por la mano humana, dotándolo de un valor simbólico. El complejo arquitectónico del Pucara, bajo este principio, representa la figura estilizada de un puma mítico hermafrodita mirando hacia el norte. Los pasillos internos y la disposición de los pequeños recintos internos, constituyen un espejo del *camino solar y lunar*, además señalan las direcciones de los rayos solares de los solsticios y equinoccios, del norte geográfico y magnético, los cursos lunares y los *seques* regionales. La disposición de las puertas, ventanas y muros señalan rumbos hacia los otros centros ceremoniales (*Apus* y puntos estelares). Expresan la dualidad, la trilogía y la cuatri-partición de la cosmogonía andina. Los muros perimetrales de los faldeos del cerro, tendrían como finalidad principal la protección del centro ceremonial, al mismo tiempo que expresan los tres niveles del mundo cosmogónico inca, el mundo inferior, (subterráneo), el central (el mundo humano) y el superior (mundo espiritual representado por la forma de puma en las rocas).

En consecuencia, el Pucara de Chena fue instituido por los astrónomos, arquitectos y sacerdotes incas como una *huaca*, hace más de 500 años, cuyo propósito era ser una fortaleza, aunque también un centro ceremonial y observatorio astronómico, para que sabios y sacerdotes dirigieran las ceremonias sagradas y al momento de morir fueran enterrados en el cementerio local (llamado después San Agustín de Tango).

3.2.1 *Pucara del cerro Grande de la Compañía*

El cerro Grande de La Compañía se levanta como un isla en medio del llano central de la depresión intermedia en la cuenca de Rancagua, entre el río Cachapoal por el sur y el estero de Codegua por el norte. Hace siglos estaba semi-rodeado por ciénagas, aún apreciables en la actualidad. Su altitud máxima es de 677 m. sobre el nivel del mar, resultante de afloramientos de estratificaciones sedimentarias del cuaternario. Por su costado oriente atraviesa el antiguo camino que liga a Codegau con Rancagua y al pie de su ladera sur corre una antigua acequia (prehispánica) procedente del río Cachapoal. El cerro tiene una formación de roca mesozoica que alterna lavas y sedimentos de épocas remotas. Por esta razón, su cumbre en forma de corona, ha resistido la erosión del tiempo.

Su acceso por el lado norte es muy abrupta (62% de pendiente) y casi insalvable por su carácter acantilado y rocoso para llegar a la cumbre, no así por el lado sur que es más suave y asequible. Su flanco oriental presenta una pendiente de 40% y el lado poniente llega al 53% de inclinación. La cima del cerro es bastante plana con una gradiente de 3% hacia el sur y con una superficie de

4.300 m. cuadrados. La vegetación en su cumbre está compuesta básicamente por espinos esclerófilos.

La ubicación de este cerro es estratégica, ya que desde su cumbre se puede otear todo el curso medio del río Cachapoal, la cuesta de Chada y la angostura de Paine por el norte. Por el sur se aprecia la angostura de Rigolemo y, por las zonas este y oeste, se observan las cordilleras de la Costa y el cordón montañoso de los Andes.

Los primeros antecedentes que se tienen de este lugar, derivan de la documentación del siglo XVI y XVII, que dan cuenta de las ruinas de un *Cerro del Inga* mencionado por los naturales de la zona, hoy Rancagua (Planella, 1988). La fortaleza inca habría sido utilizada como lugar defensivo por los indígenas *promaucaes*, junto a los indios de la zona central de Chile frente a la conquista española. Primero contra las correrías de los soldados de Diego de Almagro y después de 1540 por el cacique Cachapoal, lo cual es mencionado directamente, ya que Pedro de Valdivia, con una cuadrilla de sus soldados se dirigió a este fuerte para conquistarlo (Vivar, 1979, p. 102).

Después el cerro pasó a manos de la Orden de los Dominicos (Planella, 1988). Posteriormente, tanto la estancia como las tierras colindantes habrían pasado a constituir la gran hacienda de la Compañía de Jesús. Ignacio de Molina, integrante de esta Orden habría mencionado en una de sus obras (Molina, 1776), el origen peruano de las ruinas de la cumbre, y de allí el cerro pasará a

denominarse Fortaleza del Cerro Grande de La Compañía. Conjunto de datos que dieron lugar a la búsqueda y estudio de este sitio arqueológico.

Analizado todos estos informes históricos, un equipo interdisciplinario compuesto de topógrafos, arquitectos, arqueólogos, etno-historiadores, botánicos y financiado por FONDECYT (proyecto 1990-316), procedió a explorar toda el área del cerro. Las primeras descripciones reconocieron varios muros de circunvalación en distintas alturas en los faldeos del cerro. Se distinguió un emplazamiento de estructuras macizas en la cumbre diferenciadas de los muros perimetrales de los faldeos y se encontraron con una serie de recintos circulares y rectangulares en distintos niveles del cerro, especialmente los emplazados en la cima.

Con todo lo cual y considerando las crónicas históricas, los expertos elaboraron algunas hipótesis para iniciar sus trabajos de investigación y dividieron el cerro en dos sectores desde la punta hacia abajo.

En el primer sector, el muro uno, correspondería al sistema defensivo del nivel superior, actuando como una muralla de contención y cierre de la explanada constituyendo una amplia plazoleta en la cumbre. Este se inicia en el lado sur (la cota 672 m.) sobre el nivel del mar, frente a dos recintos (E1 y E2) que dan acceso a la plaza, luego se dirige hacia el lado norte para rematar en el acantilado, con una longitud de 120 m. El muro cuenta con 4 hileras de piedras bien pircadas y unidas con argamasa de barro, con un ancho de hasta 1,50 m. y altitudes de 0,50 a 0,60 m. En las últimas hiladas se perdió el mortero de barro, por la lluvia y los derrumbes. El material cerámico recolectado fue de 143 fragmentos con influencia

inca de ceramios aribaloides, platos ornitiformes y otros, pulidos, con engobes, pintados y decorados según el estilo diaguita-incaico.

Los muros dos y tres corresponden al segundo sistema defensivo perimetral, ubicados en el lado oriente y poniente del cerro. El muro dos nace en el acantilado norte y tiene un diseño de planta más complejo con entrantes y salientes estilo almenado. Su extensión alcanza a 440 m. ubicado en la cota 650 m. El muro tres, se inicia en la cota 645 m. descendiendo a 625 m. de norte a sur para alcanzar la puntilla, donde adopta las irregularidades del terreno. Su longitud total es de 452 m. destinado a defender el acceso del faldeo poniente del cerro. En las excavaciones del muro se halló a manera de trincheras amontonamientos de piedras rodadas traídas del valle, se especula que estaban reservadas para ser usadas como proyectiles o con *huaraca* (arma tradicional andina para arrojar piedras). Por lo tanto, con estos datos se reafirma la función ofensiva de estos muros. Finalmente, no se hallaron restos de cerámica.

El muro cuatro, al igual que el muro tres, defiende el acceso sur y la ladera poniente. En esta puntilla presenta un torreón cuadrangular pequeño construido de piedra y barro. El muro tiene una entrada almenada que se adapta a las irregularidades del terreno con una longitud total de 344 m. En las excavaciones internas del muro se hallaron acumulaciones de piedras rodadas para acciones ofensivas y defensivas. Tampoco se halló material cerámico.

El muro cinco nace en el lado norte del cerro y al borde del acantilado, está ubicado en línea recta hacia el sur, de forma casi paralela al muro dos. A unos 50

metros del acantilado aproximadamente el muro se abre en una curva para incorporar una vertiente dotada de un estanque artificial muy destruido por el tiempo, pero aún existente. En este muro tampoco se encontró nada de material cerámico.

El total de muros descritos están contruidos por piedras planas de unos 30 y 40 cm. dispuestas en hileras, conservándose visibles entre una y otra. Su altura va desde 20 cm. hasta 1,25 m. Finalmente el cerro dispone de 2 canteras de piedras.

En la explanada de la cumbre o plaza hay dispuestas 11 estructuras simples aisladas. Se accede por el lado sur y en su entrada se hallan dos recintos (E1 y E2) con una superficie trapezoidal con un promedio de ancho de 3,30 m. Los recintos E1 y E2, son cuadrangulares y gemelos, ya que sus medidas son de 3,80 x 4,20 m. Los muros son de 0,80 m. de ancho y 0,55 m. de alto, formado por hileras de piedras y toda la mampostería está asentada con adobe. Los recintos E3, E4, E5, E6 y E7, son estructuras semicirculares de 2 a 3 m. de diámetro, semi-alineadas, cuya función estaría asociada al depósito de alimentos o collcas. E8 es un recinto rectangular de 2,65 x 2,45 orientado hacia el este y cuyo dintel está en el suelo. Sus paredes están levantadas con varias hiladas de piedras, rellenas de argamasa de barro. El arqueólogo Stehberg describe el recinto E9:

Estructura escalonada (E9) abierta formada por un muro principal de orientación norte-sur de 10 m. de longitud, y constituido por una triple hilera de piedras de 0,80 m. de ancho unida con argamasa de

barro. De su extremo sur se desprende un ángulo recto en dirección este, un muro de 7 m. formando de esta manera un espacio en forma de L (Stehberg, 1995, p. 171).

Finalmente, el recinto E10 se ubica a unos 15 m. al norte de E9; es un recinto cuadrangular cerrado de 3,85 x 3,82 m., vano de 0,50 m orientado al este, lo que evidencia que su función era similar a la de una torre de vigilancia, pues panorámicamente dominaba toda la entrada norte.

Solo un pequeño porcentaje de la alfarería inca-diaguita se manifiesta en el sector de la cumbre asociado a alguno de los recintos.

Destaca la presencia de morteros y manos en los distintos puntos del sitio. Sin embargo, en los recintos destinados como habitaciones no aparecen ambos elementos juntos. Las puntas de proyectil y lascas de obsidiana son obtenidas del interior de los recintos de la cumbre. (Stehberg, 1995, p. 173)

Se tiene un sector intermedio correspondiente a una franja a la altura de la cota 640, donde se hallan algunas estructuras semicirculares que eran usadas como bodegas.

En este nivel y en el sector dos se observan distintas evidencias arquitectónicas. Una de ellas la planta circular de una vivienda (E15) de 5,40 m. de diámetro, con rastros de haber tenido un poste central para su techado y coligue para su cercado exterior. Sería un modelo único de construcción. Los fragmentos

de alfarería serían de tipo tardío descritos como locales “centro sur”. A unos 25 m. al sur de E15 se emplaza otra estructura circular de 2 m. de diámetro sin superficie (E16) instalado en un plano ligeramente inclinado. Al sureste de E15 se halla otra estructura, E17, derrumbada y de una sola hilera de piedras de similar diámetro que E16. Se pueden apreciar otras dos estructuras muy deterioradas que aún no se investigan, además de E18 y E19.

Las características de la cerámica doméstica de la cumbre se diferencian sustancialmente del sector dos. En el recinto E15, cuya función es netamente habitacional, no se halló ningún fragmento de la fase incaica. En resumen, “las investigaciones realizadas han confirmado que el sitio constituyó una gran fortaleza de origen prehispánico” (Planella y Stehberg, 1998, p. 407).

Los muros en total suman un largo de 1.678 m., lo que requiere un gran número de operarios para la extracción de piedras de las canteras, el traslado y preparación de la argamasa, el pircado. Por lo tanto, era necesario un trabajo organizado y altamente técnico.

3.2.2 Otros lugares de culto y fortalezas en la RM

El cerro El Golf, ubicado en Vitacura, comuna de Las Condes y en las inmediaciones del lecho del río Mapocho, fue una *huaca* de los colonos Incas. El curaca, llamado *Vitacura*, gobernaba las chacras de los mitimaes asentados en los alrededores. Durante la conquista española fue utilizado como fortaleza indígena. Después del reparto de tierras efectuadas por Pedro de Valdivia, las antiguas chacras pasaron a llamarse: chacras de Lo Castillo, Lo Arcaya, San Luis y Lo Lillo (Madrid y Gordon, 1964). El cerro Santa Lucía, antiguamente llamado Huelén, al igual que el cerro el Golf, también fue una *huaca*, en la cual los incas celebraban sus ceremonias (V. Mackenna, 1938).

3.3 Las ruinas de Chada

La localidad de Chada se encuentra ubicada en la provincia de Maipo, comuna de Paine (R. M.), a 52 kilómetros al sur de Santiago. Es una rinconada que delimita al oriente con la precordillera andina y al poniente con el cordón de angostura, con su cumbre más alta: el cerro Challay. Se encuentra rodeada por cursos de agua como los de los ríos Paine y Peuco, y el estero Huehueico que, actualmente, riega las tierras dedicadas a las labores agrícolas, básicamente centradas en la siembra de trigo, maíz y productos de consumo tales como hortalizas y tubérculos.

A partir de los estudios etno-históricos de Rubén Stehberg y Maria Teresa Planella, se reconoce la existencia de un espacio indígena en el cerro Chena y las desarticulaciones producidas por la presencia y ocupación española. Además, existe una relación de este espacio indígena con la ocupación Inca en la zona central de Chile. El establecimiento inca de Chada sigue los patrones comunes a

la expansión del imperio hacia el Collasuyu; estableciendo formas de relacionarse con las poblaciones locales de aquella época. Esta afirmación se sustenta bajo la evidencia arqueológica de abundantes restos culturales de este enclave con la Cultura Aconcagua.

Desde una perspectiva arqueológica, los trabajos realizados en Chile Central, han permitido problematizar tanto las modalidades y expresiones de la expansión del Tawantinsuyu, en la cuenca del Río Mapocho y sur del río Maipo, como sus relaciones con las poblaciones indígenas locales. En tal sentido las labores conducidas en Chada por Stehberg y Planella han permitido el hallazgo de una estructura amurallada de patrón incaico en la cima de un cerro del sector ubicado al noreste de la localidad Chada.

Los resultados obtenidos permitieron detectar información sobre relaciones entre el Tawantinsuyu y las poblaciones locales, pero para un espacio que escapa a la zona de estudio. Estos datos se refieren, en general, a las áreas de Tango, Malloco, Talagante y Maipo, y provienen de las mensuras de Ginés de Lillo, levantadas entre 1602 y 1605, y de fragmentos documentales existentes en la CDIHch y en la CHCh.

A pesar de las referencias escasas hacia área de Chada, es relevante señalar que las fuentes escritas registran en las zonas vecinas una serie de huellas acerca de la presencia y organización incaica. En este sentido, las informaciones aluden a *Tambos*, trazados de caminos, acequias del inca, entre otros. Ello estaría evidenciando que la cuenca de Santiago es, en parte, una representación y expresión del dominio inca, algo detectable en los territorios ubicados en el borde del río Maipo. Es posible pensar entonces que en el área de

Chada compartieron, al igual que en las zonas mencionadas, ciertas influencias de las modalidades de ocupación inca del territorio del valle central.

Por otro lado, la única referencia acerca de las manifestaciones de lo incaico provienen del cronista Gerónimo de Bibar, quien registra la observación de huellas habitacionales incaicas, ubicadas en un área que el cronista denomina la Angostura. Chada, en su sector meridional, está cerrada por una angostura, lo cual podría ser un indicativo de la descripción de Bibar. Sin embargo, por lo impreciso de esta imagen colonial no se pretende asimilarla a una huella arqueológica específica en el área.

La descripción realizada por Bibar hace referencia a dos elementos que resultan interesantes de señalar. Por una parte, se reconoce que el espacio de la angostura fue un área de influencia y presencia inca, materialmente asociada a una construcción habitacional. Por otra parte, desde la tradición incaica recogida por el observador europeo, el paisaje de la Angostura era valorizado en cuanto un espacio simbólico; ahí se encontraba la casa donde habitaba el *viento fuerte*. Finalmente, estudios recientes de Stehberg y Planella destacan las ruinas de una *huaca* (estructura ceremonial sagrada) en los cerros de Chada, situados en forma paralela a la Angostura de Paine hacia la precordillera.

3.3.2 *Influencia Inca en el área Chada*

La influencia inca constituye, en el área Chada, un ordenador del espacio. Este elemento fue recogido por la observación europea del siglo XVI. Los espacios comprendidos entre el río Maipo por el norte y el valle de Chada por el sur se encontraban conectados mediante el trazado de una serie de caminos. Por una parte, el camino *real de la Angostura*. Por otra, el camino del *ataxo portezuelo casas del Inga*, que permitía la comunicación con la zona principal de córdoba o valle de Maipo. Y por último, el sendero del *portezuelo viejo*.

En efecto, existe un período de tiempo entre el 1.000 y el 1.300 d.C. del que no se tiene conocimiento suficiente respecto de la población indígena en el área cercana al cerro Chada, pese al número de investigaciones realizadas en el ámbito de influencia del río Cachapoal. Sin embargo, en el sector septentrional de Angostura de Paine, escasos 30 kilómetros más al norte de Cerro La Compañía, en la localidad de Chada, existe información fehaciente sobre asentamientos de naturales en dichos lapsus temporales. Las fechas obtenidas en uno de ellos, de la población local Aconcagua, son bastante tempranas registrándose desde el 1.030 y 1.140 d.C. fechas que estarían concordando, o al menos planteando, un engranaje temporal con las recientemente obtenidas en relación al muro 3 de Cerro de La Compañía (Planella y Stehberg, 1997).

En la cima de las Ruinas de Chada se constatan una cerrillada con escasa altura desde donde visualmente se domina tanto el valle como los dos asentamientos Aconcagua existentes. Es posible percibir, desde esta altura, la ruta que viene desde el río Maipo, con instalaciones de muros perimetrales de

piedra que presentan un juego de almenas en una composición de situaciones opuestas (Planella y Stehberg, 1997).

Los resultados de los estudios realizados en Chada demuestran que debió haber una relación entre las poblaciones representadas en sitios de La Compañía y, asimismo, en toda el área al sur de Angostura. En cuanto a la arquitectura, pese a las sustanciales diferencias en relación al carácter de las instalaciones en el cerro La Compañía, ambos señalarían un nexo en el patrón de construcción. La existencia de almenas en las ruinas de Chada (muros 1 y 2) y en La Compañía (muro 2) y el doble muro con relleno de argamasa de barro demuestran esta premisa. De este modo, la coexistencia de Aconcagua en su fase final, con diaguita- incaico en ruinas de Chada, es sugerente de un posible avance del Tawantinsuyo hacia el Valle de Rancagua. En este contexto, también se ha sugerido que las construcciones de Cerro de La Compañía pudieron haberse efectuado primero, como instalaciones de avance o desarrollo hacia territorios al sur de Angostura, para luego ser apoyadas y sustentadas por las de Chada.

Las señales de identificación indígena que se han presentado forman parte de una memoria social que subsiste, a pesar de las alteraciones impuestas. Estas marcaciones espaciales representan no solamente mensajes de identidad, sino que también expresiones de resistencia cultural vigentes incluso en el presente.

El estado actual de las investigaciones sobre el período de contacto con la cultura Diaguita-Inca, definitivamente no se puede analizar uno de estos sitios (Chada) sin considerar el otro (La Compañía); para la situación anterior a estos

eventos, de naturaleza expansiva en el valle del Cachapoal, aún se deben realizar más investigaciones.

3.4 *El Cápac Ñan (camino del inca)*

Entre los siglos XIV y XVI el Cápac Ñan fue el principal camino expansionista del imperio Inca. Con sus 4 mil kilómetros desde Colombia hasta el sur de Chile, esta calzada andina puso en contacto a más de 10 millones de habitantes del occidente de Sudamérica. Al borde del camino, los Incas construyeron fortalezas y guarniciones para las tropas y pueblos con trazados similares a la ciudad del Cuzco. Esto, junto con el traslado de localidades y el asentamiento de *mitimaes*, modificó la estructura demográfica y étnica de los diversos territorios ocupados. (Lumbreras, 2003, p. 76)

Existen estudios que se refieren al *Cápac Ñan* o Camino del Inca como la columna vertebral del desaparecido Estado inca. Si continuamos con esta analogía anatómica se puede afirmar que el camino del Inca o *Cápac Ñan* fue como el sistema circulatorio del cuerpo humano, debido a que por venas y arterias fluye el oxígeno, el agua y los nutrientes. De modo similar, el camino del Inca, permitió la circulación de las energías humanas y materiales necesarias para el funcionamiento del Estado Inca. Por aquí se trasladaban funcionarios, soldados y bienes de intercambio, bajo el dominio y control de su burocracia. Además fue la vía por la cual se expandieron sus ideas, simbolismos y religión (Stehberg, 2001, p. 65).

3.4.1 *El Cápac Ñan en Chile*

Existen referencias escritas sobre este importante sistema de rutas desde que el primer español ingresó a nuestro territorio. Hacia 1534, aproximadamente, Pedro Calvo de Barrientos, luego de recibir un castigo en el cual su cara fue mutilada, utilizó este célebre camino para internarse hacia el sur hasta el valle de Aconcagua. (Lumbreras, 2003, p. 77)

En 1536, por su parte, el descubridor Diego de Almagro siguió el camino de la vertiente andina oriental, cruzando hacia Chile a la altura de Copiapó, donde se vio fuertemente afectado por un temporal. Esta razón, más su interés por permanecer cercano al apoyo marítimo que lo acompañaba, lo hizo preferir en su viaje senderos indígenas de baja altura, evitando el Camino Inca que continúa por la Cordillera de los Andes, a alturas que fluctúan entre los 2.000 y 4.000 metros de altitud.

Estos senderos indígenas continuaron siendo utilizados por los españoles posteriormente y quedaron con el apelativo de inca, sin en realidad serlo. En su regreso, Almagro prefirió utilizar el camino Inca por el despoblado de Atacama, para no volver a sufrir las condiciones climáticas del camino oriental andino. Como lo puntualiza Lumbreras (2003, p. 82)

Cuando Francisco Pizarro y sus asociados llegaron al Perú, en 1532, ingresaron a un país cruzado por una compleja red de comunicaciones, que no sólo permitía trasladarse de un lado a otro del territorio por caminos bien trazados y bien servidos, sino que

gracias a esa red circulaban las noticias y los bienes con gran rapidez, con un alto grado de eficiencia y seguridad.

En 1540, la expedición de Pedro de Valdivia ingresó por esta ruta, árida pero probada por su predecesor Almagro, continuando hasta las proximidades del valle del Aconcagua. Posteriormente, el Gobernador envió a uno de sus mejores capitanes a explorar la vertiente oriental andina, cruzándola por diferentes ramales transversales. De estas expediciones se deduce claramente la existencia en territorio chileno de un camino longitudinal inca y, además, varios ramales trasandinos que cruzaban la cordillera de los Andes para unirse con el otro camino longitudinal paralelo que corría por la vertiente oriental.

Sin embargo, gran parte de la red vial inca de montaña es abandonada prontamente por los españoles debido a que era intransitable para la caballería. Las alturas excesivas, las pendientes fuertes, el frío intenso, las nevazones y lo pedregoso de los senderos son elementos que afectaban a los caballos. Los españoles se vieron obligados a recurrir a otros caminos indígenas emplazados en tierras más bajas o, simplemente, a abrir nuevas rutas más adecuadas a sus fines y medios. Ocasionalmente, algunos tramos del camino Inca continuaran siendo utilizados por arrieros, crianceros y viajeros eventuales (Stehberg, 2003).

3.4.2 *El Cápac Ñan en Santiago*

Se recuerda que en el norte prehispánico de Chile no solo existió una importante ocupación del imperio incaico, sino que existió una estrecha relación entre las autoridades locales y la política cuzqueña.

El Capaq Ñam, proveniente desde Tacna, cruzó longitudinalmente la precordillera de Arica en dirección a Tarapacá y Atacama, siendo atravesado por numerosos ramales transversales o caminos secundarios que permitían la conexión de las tierras altas con la costa. En su trayecto, la red vial vinculó un conjunto importante de aldeas agrícolas, pucarás e instalaciones de acopio y refugio en sus inmediaciones.

Finalmente, el camino accede a la cuenca del río Maipo por colina, para luego tomar la avenida Independencia y la calle Bandera, en el mismo centro de la actual ciudad de Santiago. Más al sur la información sobre su continuación es inexacta, no obstante el Cronista Gerónimo de Vivar, en 1558, relata la existencia de dos puentes colgantes incas sobre el río Maipo, uno de los cuales posiblemente coincida con el actual puente los morros. Estos debieron conectar con el camino recientemente descubierto en el Río Yeso, tributario andino del río Maipo, el que parece dirigirse a la cuenca trasandina del río Tunayan (Vivar, 1996).

Lo que hoy ocupa la Avenida Independencia de la ciudad de Santiago, fue parte del Camino del inca por donde ingresaron las huestes de Pedro de Valdivia en 1540. Tanto soldados como *Yanaconas* o indios de servicio, ingresaron a la

cuenca del Río Maipo y cruzaron el Río Mapocho para tomar posición de los principales edificios de este centro administrativo inca.

Antes de un año, fundaron una ciudad española en el *Tambo Grande* que había en la actual Plaza de Armas. Por varios años más, el sistema inca hizo posible la circulación de bienes y recursos que facilitaron la conquista militar castellana. Hoy, los vestigios de este camino han desaparecido casi por completo en nuestro país, sin que aún se haya terminado investigarlos. Una de las maravillas de la antigüedad andina se esfuma inexorablemente ante el desinterés de una población que no siente que este pasado le pertenece.

3.5. Cementerios incas en la RM

En variadas zonas de la RM se han encontrado restos de cuerpos que fueron sepultados y que reflejan la existencia de un cementerio Inca. Por ejemplo, en el transcurso de la construcción de un pequeño embalse en el asentamiento *Los Valientes*, en la localidad de Nos (5 Kilómetros al sur de San Bernardo), se encontró un cementerio inca con 28 cuerpos sepultados junto a 100 piezas de cerámica inca-local (MNHN, 1970).

En esta comuna de la Reina, a los pies del cerro San Ramón y junto a una pequeña elevación geográfica llamada *Lomo Pelado*, se descubrieron y exhumaron cinco tumbas incaicas. Las osamentas humanas estaban acompañadas de restos de cerámica inca-local y huesos de auquénidos. La principal característica de los nichos era que estaban abovedadas. En la misma comuna, en las calles Rosales y Larraín, en el sector sureste de Santiago, se hallaron dos fosas mortuorias a una profundidad de 2,5 m. Finalmente, junto a las osamentas se encontraron ceramios de factura inca-local (Stehberg, 1974, p. 54).

Otros hallazgos importantes han ocurrido en reconocidos sectores de la capital de Santiago. En la calle Bandera 237 de Santiago, por ejemplo, en el inmueble ocupado por la corporación *Firt National City Bank*, aquí se encontraron restos de cementerios propios de la cultura Molle y otros restos con influencias incásica en la superficie (Mostny, 1971, p. 98).

En la calle Catedral de Santiago, a una profundidad de 4,40 m. se halló cerámica Inca mientras se colocaba una matriz de alcantarillado. Además

encontraron dos piezas con forma de aríbalo y una planchita de oro de origen incaico.

Al este de Santiago, en el sector de Vitacura, en los deslindes de las calles Luis Carrera, Avda. Espoz, Club de Polo y Avda. Oriente, se encontró parte de un cementerio inca-local.

En la banda oeste del estero Lampa, a 8 Kilómetros hacia el suroeste, se halló un cementerio de túmulos y otro de carácter inca-local, correspondiente a una colonia de *mitimaes*. El cronista español Diego de Rosales menciona la construcción de una fortaleza en los cerros colindantes a la llegada de los españoles. En la calle Marcoleta de Santiago se halló, entre la tierra de relleno, un cementerio inca-local, caracterizado por bóvedas subterráneas, accesible por medio de un pequeño túnel acompañado de cerámica inca-diaguita y cráneos de llamas en la entrada.

En el sector de Barrancas en Santiago fue hallado un pequeño vaso de cerámica de carácter incaico, a unos tres metros de profundidad, además de otros elementos pertenecientes a un antiguo cementerio inca. En la banda este del río Maipo, a 26 Kilómetros de Puente Alto, en el poblado de San José de Maipo mientras se construía un canal, aparecieron los restos de un cementerio indígena, de donde se extrajeron cinceles de bronce, una piedra de afilar y un conjunto de cerámica con figuras estilizadas de un ave, propia de cultura incaica también.

En el lado poniente del Pucara de Chena, a unos 600 metros de su faldeo, y formando una ensenada, estaba la hacienda de San Agustín de Tango, aquí se

hallaron dos cementerios cuyas fosas mortuorias estaban acompañadas con diversos ceramios inca-diaguitas.

3.5.1 *Curacazgos y acequias Incas*

Según el cronista Diego de rosales, durante la administración inca en la zona Metropolitana, el Gobernador de lo hoy llamamos Vitacura ordenó abrir una acequia con 5 mil indios en lo que hoy es llamado Barrio el Salto (comuna de Recoleta). Con el fin de no construirse a tiempo la obra, el Gobernador, ordenó el asesinato de los indios, razón por la cual se recuerda el nombre de Vitacura. Posteriormente, René León Echaiz, basándose en V. Mackenna, la denominó Salto del Agua (De Rosales, 1877).

Las tierras de Talagante fueron ocupadas por una colonia de *mitimaes*, quienes construyeron una acequia, con el fin de regar las chacras o huertas de una estancia conocida hoy en día como *Los Mitimaes*.

En la banda norte del curso medio del estero de Colina, ubicado a unos 30 Km. de Santiago, según el cronista Diego de Rosales, existía un *curacazgo* con una *acequia* y *chacras de orejones*. El lugar habría contado con un centro ceremonial en el cerro *Huaca*, y una casa de paja, la cual era considerada un templo de devoción a distintas figuras incas. Finalmente, fue destruido por los conquistadores españoles. En dicha localidad también se halló un aríbalo de importantes características inca, además de una cañería de greda con tubos de un decímetro de diámetro, donde hoy están los Baños de Colina (Guevara, 1925, p. 449).

En el costado izquierdo del estero Puangue, en los baños municipales y en la banda derecha del valle de Puangue y a unos 10 Km. aguas arriba del poblado de la hacienda de Curacaví en Lo Ovalle, se han hallado piedras con forma de tazas con 3 y 9 cavidades respectivamente y algunas unidas por canaletas entre sí. El nombre Curacaví se debería a que la colonia incásica (poblado, acequias y chacras), habría sido gobernada por el curaca *Cavi* (Latcham, 1929, p. 89).

3.5.2 *Ceramios en el cerro Chada*

En la estación Hospital del ferrocarril al sur y a 10 kilómetros hacia el sureste, se halla la Hacienda de Chada. El bibliógrafo e historiador José Toribio Medina menciona haberse encontrado un ceramio utilitario de procedencia inca en dicho lugar. El antropólogo Guevara, asegura que allí hubo una especie de señorío o semi-reino inca conocido como *curacazgo*.

En el sur de Santiago, yendo por el camino real o camino del inca hacia el río Maipo, se halló una acequia denominada originalmente como *Charamabida*, en 1547, que salía de dicho río. Ésta marcaba los límites de las tierras del cacique Guachumpilla (en las proximidades de los cerros de Temelna y Peduan), e indicaba el término de la jurisdicción de la ciudad (Medina, 1882, p. 123).

Al noreste de Santiago, en el potrero del fundo Santa Teresa de Las Condes, entre los cerros Manquehue, el Organillo, Los Zorros y el estero Hualtatas, existió un asentamiento inca con restos de cerámica cusqueña. Resumiendo ideas se puede concluir que, posterior a la conquista española,

sobrevivieron muchos pueblos indígenas, ya que la documentación existente señala que estos persistieron hasta fines del siglo XVIII.

3.5.2 *Arquitectura y ceramios*

En la RM se han hallado vestigios de cerámica inca en distintos sitios arqueológicos, tales como cementerios, poblados, tambos, centros ceremoniales, basurales y otros. Al interior de la Quinta Normal en Santiago, por ejemplo, durante la construcción del ex-edificio de la Escuela Dental, fueron encontrados vasos de cerámica preincaica, a más de cuatro metros de profundidad. También se halló una piedra de moler quebrada y otra horadada. Además, en el recinto de la Radio Estación Naval se rescató un esqueleto, cerámica burda, tembetá, pipas y piedras horadadas a más de 2 metros de profundidad (Latcham, 1929, p. 68)

En la Escuela Normal de Preceptores, ubicada en calle Compañía (esquina de Chacabuco), en trabajos de excavaciones fue encontrado un ceramio aribaloide, del tipo inca-local. En un sector de la comuna de Ñuñoa, Santiago, durante una excavación de un pozo, fue extraído un pequeño jarro con dos asas y bellamente decorado con el estilo Incaico.

En el costado sur del curso superior del río Maipo, a 13 Kilómetros al sur de Puente Alto, en la hacienda del Principal, fueron hallados dos jarros de estilo inca-local. En el sector del Cajón del río Cepo, a 25 Kilómetros de Farellones, se halla la estación denominada Piedra Numerada. Allí existen dos abrigos construidos de piedras pircadas y junto a ellas se encontraron restos de ceramios utilitarios, correspondientes a la ocupación incaica de la parte superior del cerro el Plomo.

Restos de cerámica con características Inca fueron recogidas tanto en las estaciones de ascenso, adoratorios y enterratorio del cerro El Plomo como en el cerro Peladeros. El arqueólogo Ángel Cabeza expresa:

Después de la descripción del análisis comparativo de los atributos de la pasta, los colores utilizados, los motivos decorativos, llegamos a la conclusión que los fragmentos decorados recolectados en el cerro Peladeros corresponden a tiestos cerámicos de decoración totalmente cuzqueña (Cabeza, 1986, p. 159).

4. Lenguaje y toponimia

La dominación inca en el actual territorio chileno fue de muy corta duración, probablemente no mayor de dos siglos antes de la llegada de los conquistadores europeos. Sin embargo, la impronta que dejó en el país es fuerte y permanece hasta hoy en las creencias de los pueblos originarios, en la toponimia de cerros, valles y quebradas y aun en nuestro lenguaje cotidiano.

La palabra *quechua* significa *valle cálido*, y como lengua se originó al interior del Cuzco. El Inca Pachacútec la nombró como lengua oficial de su imperio casi 150 años antes de la llegada de los españoles, sin desarraigar las lenguas nativas propias de las distintas comunidades. El quechua se extendió a Ecuador, Perú, Bolivia, al norte de Argentina y al norte de Chile.

Los conquistadores españoles, al descabezar el Tawantisuyu con el asesinato de Atahuallpa y tomando posesión del Cuzco, probablemente tenían

cabal conciencia de que estaban apoderándose de un enorme territorio que abarcaba desde Ecuador hasta el sur Chile. Por ello es que, posterior a Diego de Almagro, casi toda la presencia conquistadora del siglo XVI estuvo acompañada de funcionarios del Tawantinsuyu y *Yanacanas* o sirvientes del inca, quienes pavimentaron la conquista de la Nueva Extremadura. El éxito de esta táctica quedó demostrado en que la invasión fue particularmente rápida y llegó hasta los confines del Tawantinsuyu. En el centro-sur de Chile, sin embargo, los mismos Mapuches, que habían rechazado al inca hacía un siglo, volvieron a poner en aprietos al invasor europeo.

Es por esta razón que la huella del inca se presenta con mayor fuerza en el norte que en el sur de Chile e incluso aún está presente en la ideología de sus habitantes indígenas. Existen numerosos relatos que, transmitidos de generación en generación, han reproducido la tradición acerca del inca, elevándolo a categorías míticas, dándole poderes prodigiosos sobre las montañas, el agua y los fenómenos naturales. Le otorgan facultades de cambiar la historia para civilizar y transformar el mundo y también para redimir a los pueblos vencidos y anunciar una nueva era de reivindicaciones, esperanzas y bienestar para los pueblos originarios.

La toponimia, que otorga nombres a lugares geográficos, declara términos de origen quechua (lengua oficial del Tawantinsuyu) que recorren todo el territorio chileno, cubriendo y a veces anunciando el paso del inca por su territorio. Son frecuentes los nombres que incluso lo aluden directamente a la llegada del inca como: *Portezuelo del Inca*, *Quebrada del Inca*, *Paso del Inca*, *Tambo*, para indicar

lugares de tránsito o sitios asociados al Camino del inca; *Collaguasi*, por ejemplo, que significa “casa de la reina” o *Inkawasi* (casa del inca), así como una cantidad de términos quechuas, que en proporciones importantes tapizan la geografía de parte considerable de nuestro país.

Hay nombres que aluden a lugares emblemáticos del Tawantinsuyu, como es el caso de *Pachacamac*, uno de los más importantes centros ceremoniales de los Andes centrales. Con este mismo nombre se conocía una antigua hacienda colonial del Valle Aconcagua, que hoy recibe el nombre de *Pachacama*. El origen hipotético de este topónimo podría ser un lugar sagrado o *huaca*, establecido cerca de un centro administrativo del imperio y frente al imponente cerro Aconcagua, donde se encuentra uno de los más importantes santuarios de las alturas incas. *Pachacamita*, un lugar vecino a *Pachacama*, es uno de los lugares más tradicionales de los rituales de *chinos* de la zona central de Chile. Está comprobado que la música y los bailes de *chinos* tienen hondas raíces precolombinas, y que el nombre de esos bailes rituales viene de la expresión quechua que significa *serviente*.

El nombre de la comuna de Curacaví, por ejemplo, se debería a que la colonia incásica (poblado, acequias y chacras), habría sido gobernada por un curaca llamado *Cavi*. En este sentido, también es posible explicar el nombre de otras localidades. Antiguamente estas tierras fueron ocupadas por una colonia de *mitimaes*, quienes construyeron una acequia, con el fin de regar las chacras o huertas de una estancia conocida hoy en día como *Los Mitimaes*.

El inca también sobrevive en la vida cotidiana de todos los chilenos, a través del sutil y poderoso mecanismo del lenguaje. Los lingüistas aún no han dado explicaciones claras de por qué en el léxico castellano, de uso común de los chilenos, existe tal cantidad de términos quechua. En el lenguaje tradicional de Chile sería esperable que el mapudungun hubiera ocupado una posición preponderante entre los indigenismos utilizados, debido a que este idioma era el que hablaban los habitantes originarios entre el río Choapa y Chiloé. Sin embargo, el quechua aventaja en enorme proporción a esta última lengua aborígen, la que sorprende por su poca incidencia entre los chilenismo del castellano hablado en esta misma región.

Una de las hipótesis que pueden explicar esta preponderancia de la lengua quechua, es que, por tratarse del lenguaje oficial del Tawantinsuyu, sirvió como lengua franca durante la dominación Inca para todos los territorios dominados por el Cuzco, situación que aprovecharon los españoles en tempranas épocas coloniales para contar con un sistema de comunicación que superara las barreras lingüísticas impuestas por la gran diversidad de pueblos que participaban en la historia andina, de la cual el imperio inca fue su periodo cúlmine.

A pesar del transcurso del medio milenio, de las hondas transformaciones producidas por la conquista española y la ulterior homogenización republicana que ha tratado de borrar diferencias étnicas y culturales, el Inca sobrevive en el territorio y las creencias de parte importante de Chile.

La palabra huaso, de huanchuk (rústico); pallar, de pallay (rebuscar); china, de china (mujer); guagua, de huahua (criatura); guata, de huatha (vientre); y nana, de nanay (herida). La palabra curco proviene de curcu (jorobado); quisca, de qquischca (espinuda); aguachar, de huaccha (domesticar); combo, de cumpa (martillo); y guaraca, de huaraka (honda).

Roberto Lehnert, investigador de la Universidad de Antofagasta, ha identificado algunos vocablos quechua adoptados por los chilenos a través de los trabajadores atacameños que laboraron en las salitreras de la Segunda Región, especialmente durante el siglo XIX. Estos hablaban fluidamente quechua, además del español y su propia lengua, el kunza.

Menciona, entre otras, las palabras cancha, de cancha (patio); concho, de Konchu (resto de líquido); chancador, de chamkani (quebrantar algo moliendo); ojota, de ohota (sandalia); pampa, de pampa (suelo, llano, sabana); y tacho, de tacho (pequeño cántaro de barro).

4.1 ¿Cuál es el origen de la palabra Chile?

Existen varias respuestas para esta pregunta, sin embargo, no hay un consenso entre los expertos que investigan el origen de la palabra. Antes de la conquista de la zona central de Chile, se desconocía el nombre con que se denominaba esta región. Aunque la teoría más verosímil pareciera ser el concepto que proviene de las palabras andinas *Ch'ili* (Aymara), que quiere decir “Último”, *que designa el Valle situado a 55 leguas al sur de Coquimbo*, conquistado por el general Sinchiruca en tiempos de Pachakutij Inka (Pairumani, 2004).

También el cronista de Vivar manifestó ideas con respecto al origen de esta palabra:

Decíanle los a don Diego de Almagro, que eran unos indios que habían traído del Perú, que hacía en este valle ANCHACHIRE, que quiere decir “gran frío”. Quedóle al valle el nombre de CHIRE. Corrompido el vocablo le llaman CHILE, y de este apellido Tomó la gobernación y reino el nombre que hoy tiene, que se dice CHILE (1987, p. 88).

5. La cultura inca hoy

Cada espacio geográfico es único y encadena irrepitiblemente acontecimientos históricos, ocurridos bajo determinadas circunstancias humanas y sociales. En los llamados *vestigios incas* en la RM se concibe, en la actualidad, el espacio geográfico mediatizado por la dimensión religiosa y cultural. Es visto como un lugar de encuentro que rememora las vivencias de antepasados que intentaron, tal vez inconscientemente, marcar un tiempo por medio de señales y lenguajes que influyen en la construcción de nuestra identidad. Actualmente, estos vestigios aparentemente inertes, atraviesan la dimensión cultural y cobran vida. Sufren la metamorfosis del tiempo, no obstante, cargan un significado religioso y trascendental, compartido por muchas personas. Ahora bien, en ocasiones, bajo el peso de la ignorancia e indiferencia, se menosprecia el valor humano e histórico de estos sitios.

5.1 El Cerro Chena y el cerro de La Compañía

El Pucara en el Cerro Grande de La Compañía actualmente se encuentra en propiedad de un particular, lo cual permite comprender que el uso que se le otorga al terreno se estima según la conveniencia de su propietario. Esto es refutado bajo el hecho reciente en el cual la empresa Entel instauró una antena telefónica en el sitio arqueológico. La huella de acceso provocada por la estructura destruyó arbustos típicos de la zona. Además, el propietario en posesión de sus animales (vacas y caballos) descuida el ámbito higiénico y estético de la zona. Por otro lado es posible afirmar que el Consejo de Monumentos Nacionales (CMN), se dedica, en su afán de fiscalizar los trabajos de arqueólogos y antropólogos despreocupa el

ámbito de conservación ambiental y, por otro lado, las empresas que hacen Estudios de Impacto Ambiental no tiene ni personal capacitado, ni presupuesto para preservar los sitios arqueológicos. Para que cambie esta situación tendría que asimismo cambiar la ley, ya que con la legislación actual, se le asigna muy poca dinero a estas causas. Bajo este contexto no hay muchas posibilidades que los sitios arqueológicos sean protegidos, por lo tanto, quedan simplemente abandonados a su suerte.

El Pucara de Chena, por ser un monumento nacional, es de propiedad del Estado y por lo tanto el fisco puede hacer obras de conservación e intervención, y justamente se han realizado investigaciones como el levantamiento topográfico y la pre-factibilidad turística. Se espera que esta etapa de diseño e implementación de infraestructura esté preparada para inicios del 2012. El proceso está en manos del Ministerio de Obras Públicas (MOP). A pesar de su fuerte deterioro, se espera un futuro progresivo.

5.2 Las ruinas de Chada

Actualmente Chada está en condiciones azarosas; el terreno pertenece a dos particulares y es usado incluso como corral de animales. Los arqueólogos que han hecho estudios en la zona han rogado a los dueños que no vendan ni intervengan con plantaciones de especies. Hasta hoy se ha respetado este aspecto pero solo bajo un acuerdo de palabra.

Ciertamente el Estado de Chile no conserva ni interviene en los sitios arqueológicos, el CMN no fiscaliza como se esperaría según podemos ver en las condiciones actuales de los sitios arqueológicos.

5.3 *Cerámica y cementerios*

En los Depósitos de Arqueología del MNHN, se conserva una gran cantidad de piezas de cerámica en calidad de fragmentos (platos, ollas, fuentes y otros cacharros), extraídos o recopilados en distintas prospecciones arqueológicas practicadas en diferentes asentamientos humanos (tambos, pucaras, huacas y otros sitios incas pre-hispánicos) de la RM y otras, las que están debidamente identificadas, clasificadas y resguardadas. También existe una cantidad importante de piezas cerámicas completas (ollas, platos, jarros, cántaros y otras), que proceden especialmente de cementerios específicos hallados en diversos sectores de la RM. Las piezas custodiadas en el MNHN se pueden ver bajo previa solicitud y autorización del director del museo, ya que no están en exhibición directa al público. Otra cantidad se puede ver en el Museo Chileno de Arte Precolombino de Santiago. Y otra parte significativa de piezas completas se puede hallar en los museos particulares de Alto Jahuel de Ricardo Claro y el museo de Santa Cruz de Carlos Cardoen, muchas de las cuales habrían sido adquiridas a la familia Valdez que ha excavado cementerios ubicados en sus propiedades de San Agustín de Tango. Estas compra-ventas están prohibidas por la ley (son bienes del Estado), sin embargo, en la práctica ello no las impide. Se comenta que existe una figura elegante para burlar la ley: decir que las piezas son de origen peruano por ejemplo. Un contrabando encubierto que lesiona el patrimonio ancestral de los pueblos indígenas en Chile.

También es importante consignar que muchas de esas piezas están fotografiadas, clasificadas y archivadas en el MNHN. Luego, estando gran parte de

estos ceramios en los museos, suponemos que este tipo de vestigios inca precolombino están bien cuidadas.

Los cementerios incásicos precolombinos hallados y excavados en distintos lugares de la capital en tiempos pasados, fueron y están abandonados a su suerte, como casi todos los sitios arqueológicos de Chile. De los restos antropológicos (huesos, tejidos, utensilios de mimbre y otros), no queda nada, producto del poco interés del Estado en preservarlos.

De los cementerios de San Agustín de Tango, no se tienen antecedentes de su ubicación exacta. La familia Valdés las ha venido saqueando solo por rescatar los ceramios incásicos, los otros restos (huesos, textiles, semilla) no les interesó, por eso nunca comunicaron su punto de ubicación. El MNHN, tiene una vaga idea del sector donde se encuentran las tumbas.

5.4 El niño inca del cerro El Plomo

Actualmente, este vestigio permanece en una cápsula hermética de frío, a una temperatura controlada, instalada en el interior del MNHN. Esta gélida cámara, funciona mediante un dispositivo de atmósfera controlada con oxígeno. Al consultar a los técnicos si existe algún deterioro de la momia, estos responden que el sistema produce inexorablemente una leve oxidación del sistema orgánico de la momia. Manifiestan que el deterioro es mínimo y se traduce en una pérdida de peso, de masa biológica y de agua. Estiman que debe pesar la mitad de su peso original de cuando fue extraído de la cumbre del cerro El Plomo (en 1955) y que también existe una reducción de su tamaño. El MNHN se enorgullece de los 56 años que custodia la momia, y según sus funcionarios, el niño inca se ve en

buenas condiciones de conservación. Sus técnicos estiman que está dentro de los márgenes normales de preservación. Para mejorar el sistema de conservación del niño inca, en octubre de 2011 la institución ha adquirido un sistema alternativo de refrigeración (un motor-condensador alternativo para que opere automáticamente en caso de falla de la unidad central).

Aunque está claro que el mecanismo actual de preservación no supera en costo, calidad y antigüedad el sistema ideado por los incas hace unos 500 años.

Si hacemos una comparación con los responsables argentinos de preservar las momias incas exhumadas del monte Lulllaillaco, en el norte grande (en la frontera de Chile y Argentina), estos primero vinieron a ver cómo el MNHN conservaba al niño inca del Plomo y, con tales antecedentes, diseñaron un sistema muchísimo más sofisticado para conservar las valiosas ofrendas humanas de los incas. Contrataron un ingeniero en sistemas de refrigeración para que se hiciera cargo de modo exclusivo de la custodia y la conservación de las momias. Este profesional implementó un sistema de frío basado en una atmósfera rica en nitrógeno y pobre en oxígeno (el nitrógeno por ser un gas inocuo impide o detiene todo tipo de oxidación de los cuerpos), lo cual permite una conservación óptima. Además, en la base donde están depositadas las momias dispone de una balanza digital y sensores de humedad y temperatura; por tanto, en la pantalla de control se registra a cada instante el peso, la humedad y la temperatura ambiente que rodea a las momias. Luego, las mínimas variaciones que registre la pantalla con la lectura establecida, indicará que algo grave está ocurriendo, alertando de este modo a los encargados de la custodia. Este sistema no existe en Chile para el niño inca.

5.5 *El Cápac Ñan (el camino del inca)*

En Chile, el Cápac Ñan, es un sistema de carreteras incrustadas en un paisaje único debido a las condiciones extremas en términos de aridez y altitud, lo que demuestra la voluntad y la necesidad del Inca de ampliar sus tierras motivado, en el caso de Chile, por los recursos minerales, como se destaca por el gran número de redes de carreteras y sitios arqueológicos asociados con la minería en las regiones de Arica-Parinacota, Tarapacá, Atacama y Antofagasta. El Inca logró esta hazaña en un territorio inhóspito en virtud de los intercambios que mantuvo con las comunidades locales quienes transmitieron sus conocimientos ancestrales necesarios para dominar y cruzar el desierto más seco del mundo: el desierto de Atacama.

Actualmente representantes de seis países sudamericanos se reúnen con funcionarios de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación y la Cultura (Unesco) con el fin presentar sus avances técnicos para que el Cápac Ñan o Camino Inca sea incluido en la lista del Patrimonio Cultural de la Humanidad.

El proceso de nominación del Cápac Ñan empezó en el 2001, cuando el Perú tomó la iniciativa de inscribir el Camino Inca en la lista tentativa de Patrimonio Mundial de la Unesco. Además se presentarán logros en la identificación de sitios arqueológicos e históricos, así como etnográficos (canciones, tradiciones, entre otros).

En marzo de 2002, durante la primera reunión del Informe Periódico del Patrimonio Mundial, los puntos focales de Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador y Perú elaboraron el documento *Rutas andinas pre-hispánicas y las rutas del Tahuantinsuyo*, que resumía sus propuestas para un futuro avance en la iniciativa.

El 29 de enero de 2003, en la sede de la UNESCO en París, los delegados permanentes de los países andinos solicitaron por consenso al Centro de Patrimonio Mundial hacerse cargo de la coordinación del proyecto y colaborar en el proceso de nominación. Este marco de coordinación constituido por orientaciones metodológicas para idear el proceso de inclusión para un sitio compartido por seis Estados, es la primera experiencia de este tipo en la unidad de América Latina y el Caribe en el Centro de Patrimonio Mundial.

A continuación de estas reuniones, otras siete reuniones técnicas fueron realizadas en el Cuzco (Perú), París (Francia), La Paz (Bolivia), Santiago (Chile), Quito (Ecuador), Buenos Aires (Argentina) y Pasto (Colombia). Dichas reuniones sentaron las bases de este ambicioso proyecto de nominación involucrando a los responsables de sitios y a los tomadores de decisiones. Además dos reuniones del Comité Científico se realizaron para elaborar el desarrollo temático de la nominación. En octubre de 2006 se llevó a cabo una reunión de expertos jurídicos en París para discutir las implicaciones y requerimientos legales y jurídicos que la denominación requiere.

El proceso de nominación refleja la conceptualización y desarrollo de una metodología participativa que necesariamente debe involucrar a las culturas que viven y habitan a lo largo del Camino Principal Andino.

CONCLUSIONES

Para comprender o interpretar mejor el carácter histórico de los vestigios incas en la RM, hemos reseñado que es importante conocer los matices y visiones que han tenido los cronistas, los historiadores y los investigadores al momento de escribir, narrar, o interpretar la historia de los pueblos aborígenes, una vez *llegados al nuevo mundo*. Esto se puede traducir en hispanismo, eurocentrismo, indigenismo, entre otras tendencias teóricas.

Durante el período de la conquista americana el propósito del vencedor ibérico fue conseguir, desde un comienzo, la subordinación total de los indígenas. En tal sentido se impuso a los indios la guerra, la castellanización, la evangelización y la socialización cultural occidental. De este modo, nació el indigenismo a ultranza esquematizado en un hispanismo donde todo lo español valía como referente cultural y donde el aborígen era sinónimo de barbarie, idolatría, paganismo y retraso. Por lo tanto, la civilización y cultura del indio no valía. Las crónicas y documentos oficiales certifican el eurocentrismo desplegado. De modo que los cronistas y los primeros investigadores escribieron la historia bajo sus intereses políticos y bajo su óptica euro-centrista.

Durante la Colonia hubo, entre los conquistadores y sus descendientes, defensores de los indios que denunciaron y criticaron las injusticias que cometía el régimen colonial, como Francisco de Vitoria o el misionero Bartolomé de Las Casas, que movidos por la ética y la piedad cristiana, exigieron leyes más justas en el trato con los aborígenes. Pero no pudieron vulnerar el carácter explotador del

sistema y sus intereses socio-políticos y económicos. Esto dio lugar a un indigenismo paternalista y segregacionista.

Durante el siglo XVIII, el sistema colonial hizo crisis anunciando su ocaso. Las sublevaciones indígenas contra el mal gobierno se sucedieron con diferentes matices en distintos escenarios con mayor o menor intensidad. Por otro lado, algunos criollos ilustrados iniciaron un despertar de la conciencia nacionalista pretendiendo relegar a un segundo plano a los peninsulares. No obstante, al finalizar la etapa colonial los pueblos aborígenes siguieron reducidos a comunidades fragmentadas, expoliadas y subordinadas a una cruel servidumbre tanto en la ruralidad como en las ciudades. El sistema colonial había destruido su unidad como pueblos o naciones, los invasores habían arruinado su universo cultural y su auto-estima al reducirlos a una casta inferior y a una condición de extrema pobreza.

La independencia de las repúblicas no mejoró la suerte de los indígenas. Las legislaciones nacionales, con el pretexto de incorporar a los indígenas como ciudadanos libres e iguales, en cuanto a derechos y obligaciones, profundizaron el colonialismo económico y cultural (pérdida de las tierras comunitarias, conversión de los indios en peones o sirvientes). El positivismo darwiniano del siglo XIX introdujo ideas racistas sobre la inferioridad del indio por factores biológicos congénitos.

Las políticas indigenistas neoliberales, la expansión del latifundio, luego las reformas agrarias y otras medidas implementadas, dejaron una secuela de despojos y destrucción en las comunidades indígenas, constituyendo duras y funestas medidas en contra de los sobrevivientes pueblos nativos. Estas acciones se tradujeron en una política indigenista asimilacionista. Las que respondían en suma a un nacionalismo indigenista. Desde los defensores andinos como el padre Las Casas o José Carlos Mariátegui, ningún indigenista deseaba liberar al indio, a la raza aborígen, todos querían asimilar al indio a la sociedad blanca republicana.

A pesar del intenso mestizaje biológico de la sociedad nacional, del desarrollo de las ciencias sociales, los grandes procesos mundiales de carácter social y los dilemas de clase y casta, los pueblos indígenas siguieron viviendo bajo un colonialismo interno, en situación de miseria y en condiciones de minorías sociológicas. Se podría decir que, en varios momentos, la antropología ha estado directamente al servicio del indigenismo nacionalista de los países latinoamericanos.

El debate de estas dos tendencias dio lugar al “etnodesarrollo” (reunión de expertos en San José de Costa Rica, diciembre de 1981, bajo el auspicio de UNESCO y FLACSO). El etnodesarrollo es “la ampliación y consolidación de los ámbitos de la cultura propia, mediante el fortalecimiento de la capacidad de decisión de una sociedad culturalmente diferenciada para que guie su propio desarrollo y el ejercicio de la autodeterminación, cualquiera que sea el nivel que considere, e implica una organización equitativa y propia del poder. Esto significa que el grupo étnico es la unidad político administrativa con autoridad sobre su

propio territorio y capacidad de decisión en los ámbitos que constituyen su proyecto de desarrollo dentro de un proceso de creciente autonomía y autogestión”. Esto quiere decir, que son los indígenas, únicamente ellos son quienes deben tomar en sus manos las riendas de su propio destino histórico. Importantes avances a lo que se ha sumado, la Declaración de los derechos humanos de los pueblos indígenas de la ONU, el Convenio 169 de la OIT y otros Tratados internacionales que los favorecen.

Finalmente se debe reconocer que las culturas andinas (aymaras y mapuches principalmente) han sobrevivido al genocidio y etnocidio desde hace 500 años. Hoy son una cultura viva aunque evidentemente minoritaria, sin ser reconocida constitucionalmente ni como etnia ni como lengua, en el caso del mapudungun y el quechua.

Las señales de identificación indígena que se han presentado en esta investigación forman parte de una memoria social que subsiste hasta nuestros días. Los vestigios Incas en la Región Metropolitana son una muestra de una larga historia de la América Precolombina. No han desaparecido y aún queda mucho por investigar sobre ellos. Una de las maravillas de la antigüedad andina está frente a nuestros ojos, un pasado que nos pertenece está frente a nuestras manos.

Los vestigios incas en la región Metropolitana, son una expresión del desarrollo de una alta cultura co-fundacional, junto a los mapuches y los españoles, de la identidad chilena. Esta postura actualmente continua en el olvido,

el silencio y hasta el menosprecio en cuanto a nuestra formación educativa. Por esta razón nuestra investigación intenta dar una pequeña luz de conocimiento acerca de la presencia inca nuestra identidad nacional, pues entiéndase que profundizar en nuestros orígenes es también un aporte en la definición de quiénes somos.

Referencias

Barros Arana, D. (1999). *Historia General de Chile. Tomo I, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Boletín del Museo Nacional de Historia Natural, Tomo N° 1. (1957). *La Momia del Cerro El Plomo*. Santiago de Chile: MNHN.

Cabeza, A. (1986). *El santuario de altura inca cerro El Plomo*. Tesis de Grado. Universidad de Chile. Departamento de Antropología. Santiago de Chile: MNHN.

Castro, V. (1997). *Huacca Muchay evangelización y religión andina en Charcas Atacama La Baja*. Tesis para optar al grado de Magister en Historia Mención Etnohistoria. Universidad de Chile. Santiago, Chile.

De la Vega, G. (1977). *Comentarios reales, origen e historia de los 14 Incas del Perú*. Lima: Mercurio S.A.3°.

De León, C. (1967) *El señorío de los Incas*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

De Rosales, D. (1877). *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano, Tomo I*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.

De Vivar, G. (1987). *Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reinos de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Duviols, P. y Itier, C. (1993). *Relación de Antigüedades Deste Reino del Perú. Estudio Etnohistórico y Lingüístico. Centro de Estudios Regionales Andinos 'Bartolomé de Las Casas*. Cuzco: Edición Códice de Madrid.

- Eliade, M. (1955). *Imágenes y símbolos*. Madrid: Editorial Planeta-De Agostini.
- Figueroa, G. (1958). *Cerámica de los sitios arqueológicos 'Piedra Numerada' y 'cerro el Plomo'*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Centro de Estudios Antropológicos.
- Geertz, C. (1973). *Visión del mundo y análisis de símbolos sagrados*. Lima: Universidad Católica del Perú.
- Guevara, T. (1925). *Chile prehispánico. Tomo I*. Santiago: Editora Zig-Zag.
- Gutiérrez, R. (1994). *La antropología y el análisis cultural aplicado a la educación*. La Paz: CEE-PEIB.
- Kessel, V. (1980). *Holocausto al progreso*. Amsterdam, Holanda: J.J.M.M. Edición Cedla.
- Lara, J. (1978) *Diccionario Qhëshwa-Castellano*. La Paz: Los amigos del libro.
- Larraín, J. (2001). *Identidad chilena*. Santiago de Chile: LOM.
- Latcham, R. (1928b). *La alfarería indígena chilena*. Santiago de Chile: Sociedad Impresora y Litográfica Universo.
- Latcham, R. (1929). *Las piedras tacitas de Chile y la Argentina*. Santiago: Revista Universitaria. Universidad Católica.
- Layme, F. (2004) *Diccionario bilingüe Aymara Castellano*. La Paz: Consejo Educativo Aymara (CEA).

Libro de Actas del Cabildo de Santiago (1861). *Actas del Cabildo de Santiago. Colección de Historiadores de Chile. Cartas de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V. Tomo I.* Santiago: Imprenta del Ferrocarril.

Looser, G. (1997). *Algunos vasos Aríbalos y Aribaloides de Chile y límite austral de su área de dispersión.* Santiago de Chile: Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile.

Lumbreras, L. (1978). *Organización y economía inca.* En los modos de producción en el imperio de los incas. Lima: Edición Mantaro.

Mariño de Lovera, P. (1865). *Crónica del Reino de Chile. Colección de Historiadores de Chile. Tomo VI.* Santiago: Imprenta del Ferrocarril.

Márquez, L. (1956) *Intromisión de la lengua quechua en Chile.* Valparaíso: Anales de la Universidad Católica.

Marzal, M. (1989). *Historia de la antropología indigenista: México y Perú.* Lima: Fondo Editorial.

Medina, J. (1882). *Los aborígenes de Chile.* Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico.

Mostny, G. (1971). *Prehistoria de Chile.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Mostny, G. (1963). *Hallazgo Arqueológico en el centro de Santiago.* Santiago: Noticiero Mensual, Museo Nacional de Historia Natural.

Muray, O. (s.f.). *Niño de "El Plomo" desenterrado vivo renace vieja teoría de biólogo español.*

En

[http://www.aforteanosla.com.ar/afla/articulos%20arqueo/ni%F1o%20el%20plomo.h](http://www.aforteanosla.com.ar/afla/articulos%20arqueo/ni%F1o%20el%20plomo.htm)

[tm](#) Obtenido el 27 de agosto de 2011.

Niemeyer, H. (1964b). *Una pequeña colección alfarera de la Hacienda Curacaví, Provincia de Santiago*. Santiago: Universidad Católica de Chile.

Núñez, A. (1978). *Teoría del Desarrollo Incásico. En los modos de producción en el imperio de los incas*. Lima: Edición Mantaro, Lima, Perú.

Palerm, A. (1974). *Historia de la etnología: los precursores*. México: Sep- Inah.

Paz, O. (1950) *El laberinto de la soledad*. Ciudad de México: Cuadernos Americanos.

Planella T, Stehberg R, Tagle B, del Río C. (1998). *La Fortaleza del cerro Grande de La Compañía (Valle del Cachapoal) y su relación con el proceso Expansivo Meridional Incaico*. Santiago: Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Santiago de Chile: Museo de Arte Precolombino.

Riso Patron, L. (1924). *Diccionario Geográfico de Chile*. Santiago: Imprenta Universitaria.

Roel, V. (1978) *El modo de producción inca. En los modos de producción en el imperio de los incas*. Lima: Edición Mantaro

Rosales, D. (1877). *Historia general del Reino de Chile: Flandes Indiano*, Tomo I y II. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.

Santa Cruz Pachacuti, J. (1879). *Tres relaciones de antigüedades peruanas*. Lima: Congreso Internacional de Americanistas.

Stehberg R. (1976). *La fortaleza de Chena y su relación con la ocupación incaica de Chile Central*. Santiago de Chile: Museo Nacional de Historia Natural.

Stehberg, R. (1975) *Diccionario de sitios Arqueológicos de Chile Central*. Santiago de Chile: Publicación Ocasional N ° 17. Museo Nacional de Historia Natural.

Stehberg, R. (1995) *Instalaciones Incásicas en el Norte y Centro Semiárido de Chile*. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Valcárcel, L. (1978). *El Estado Inca. En los modos de producción del imperio de los incas*. Lima: Edición Mantaro.

Vicuña Mackenna, V. (1938). *Historia de Santiago 1*. Obras Completas de V. Mackenna. 10. Santiago: Dirección General de Prisiones.

Vivar, G. (1979). *Crónica y Relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile. 1558*. Berlín: Ed. Leopoldo Sáez G.

Weisner, L. (1964). *Recolección de superficie de La Dehesa, de Lo Barnechea, Las Condes, Providencia de Santiago*. Arqueología de Chile Central y áreas vecinas. Viña del Mar: III Congreso Internacional de Arqueología Chilena.

Encina, F. (1949). *Historia de Chile, Tomos XII y XIII*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.

ANTEPROYECTO

Identificación y descripción del tema

El estudio lleva por título *Vestigios incas en la región Metropolitana: memoria y presente*. Materializa, por lo tanto, la expresión del desarrollo y los resultados de una investigación periodística sobre los vestigios de la cultura inca en la región Metropolitana.

Se trata, en consecuencia, de una investigación que aborda dos ámbitos que confluyen en el tópico central. Por una parte, la *memoria*, aquí entendida como la construcción de un nuevo escenario discursivo para entender las especificidades de Latinoamérica. Como lo puntualiza Richard (1998):

¿Cuál es el escenario, entonces, en el que se debate hoy lo latinoamericano? Un escenario marcado por la insidiosa complejidad de esta nueva articulación postcolonial hecha de poderes intermediarios que transitan entre la centralidad descentrada de la metrópolis, por un lado, y la resignación cultural de la periferia, conflictivamente agenciada por la teoría metropolitana de la subalternidad.

En segundo término, se recoge aquella memoria, en el marco del aludido debate actual, para confrontar los vestigios indagados en orden a su imbricación en el presente cultural de la región Metropolitana.

Cobra especial relevancia, a juicio de los autores de esta investigación, que ella considere el señalado espacio geográfico, en tanto este suele entenderse como la *metrópolis* que ha devenido impoluta de expresiones culturales-identitarias ligadas a la predominancia hispánica, el mestizaje y los superestratos foráneos posteriores.

Se trata, en suma, de una indagación periodística que recoge el “desafío epistemológico de reformular posiciones de lectura que no sometan ni reduzcan la heterogeneidad social del texto subalterno a un código de autoridad” (Richard, 1998).

Tal tarea, se realizará mediante el examen de material escrito (crónicas, decretos reales, partes de guerra de conquista, censos, como también, estudios antropológicos y científicos). Estos serán procesados con una visión crítica a fin de rescatar la percepción “de los vencidos”.

Formulación del problema

Las culturas indígenas han sobrevivido al genocidio y etnocidio desde hace 500 años. Hoy son un movimiento vivo aunque evidentemente minoritario. Los podemos ver realizando ceremonias en el Pucara de Chena en diversas festividades en su calendario andino por ejemplo, cuyas raíces se hunden en épocas pretéritas y que son la mejor muestra de su continuidad hacia el futuro.

Las señales de identificación indígena que se presentarán en esta investigación forman parte de una memoria social que subsiste hasta nuestros días. Los vestigios Incas en la Región Metropolitana son una muestra de una larga historia de la América Precolombina. No han desaparecido y aún queda mucho por investigar sobre ellos. Una de las maravillas de la antigüedad andina está frente a nuestros ojos, un pasado que nos pertenece está frente a nuestras manos.

¿Cuáles son los vestigios incas en la región metropolitana en el ámbito geográfico, arqueológico, doméstico y toponímico?

¿Qué perspectivas culturales de la civilización Inca revelan estos vestigios?

¿De estos aspectos culturales cuáles sobreviven hasta hoy?

Antecedentes y contexto

Hacia comienzos del siglo XV, el estado Inca o Tawantinsuyu, ocupó parte del territorio chileno, desde Arica en el extremo norte del país hasta casi las puertas de Rancagua en Chile central, durante aproximadamente 80 años. Ello implica que sus rastros culturales estén en asentamientos, caminos, minas, cementerios y sitios ceremoniales distribuidos en las ocho de las actuales regiones que dividen política y administrativamente nuestro país.

En la Región Metropolitana es posible verificar, por ejemplo, colonias de agricultores en diferentes comunas tales como Santiago, Quinta Normal y La Reina; acueductos como El Salto en Huechuraba, Calera de Tango; *Wak'as* o centros ceremoniales como la momia del niño inca en el cerro El Plomo, el pucara de Chena y pucara del cerro de La Compañía. Además, es posible encontrar restos de cementerios Incas en el sector de Marcoleta, Quilicura, y Nos, entre otros; además instrumentos confeccionados en cerámica, bronce y plata, textiles, y finalmente, la diversa toponimia existente en nuestro idioma (español de Chile).

Justificación del estudio

Esta investigación pretende describir los vestigios incas básicamente en tres dimensiones: el doméstico, el geográfico y el toponímico.

Si no se investigan estos vestigios, por lo demás indesmentibles, continuará el olvido, el silencio y hasta el menosprecio de los valores de esta “alta cultura”.

El indagar sobre la presencia Inca en la Región Metropolitana y las distintas etnias que intervinieron en la constitución del mestizaje racial de la sociedad chilena, ayudará a fortalecer nuestra identidad nacional, pues entiéndase que profundizar en nuestros orígenes es también un aporte en la definición de quiénes somos.

La investigación permitirá, además, fortalecer el rescate de las culturas andinas originarias sumándose a los esfuerzos que realizan las organizaciones quechua-aymaras actuales, existentes en la región.

Usuario o Público objetivo

La investigación pretende llegar a los círculos académicos, estudiantes, comunidades indígenas y público en general.

Al entregar esta publicación a profesores y otros estudiosos se pretende generar una discusión, para replantear la historia de la Región Metropolitana, mostrando antecedentes subyacentes y anónimos.

Los estudiantes descubrirán que poseen un patrimonio ignorado en su identidad cultural, formando en ellos, una conciencia más integrada con su pasado histórico.

Las comunidades andinas, al conocer la presencia precolombina Inca en Santiago, fortalecerán su identidad socio-cultural y el respeto hacia el Estado chileno.

Con los vestigios Incas como prueba, el público en general, podrá valorar y reconocer el aporte racial y cultural de este pueblo aborigen.

Objetivos

Objetivo general.

- ❖ Describir la presencia Inca en la Región Metropolitana a través de vestigios que intervinieron en la constitución del mestizaje racial de la sociedad chilena.

Objetivos específicos.

- ❖ Investigar los vestigios Incas en la región metropolitana en el ámbito geográfico, doméstico y toponímico.
- ❖ Analizar los aspectos culturales de la civilización Inca que revelan estos vestigios.
- ❖ Exponer los aspectos culturales incas vigentes en la actualidad en la Región Metropolitana.
- ❖ Elaborar un documental (audiovisual) que refleje el valor histórico de los vestigios Incas en la Región metropolitana incluidos en la investigación.

Metodología y resultados.

Se realizará una investigación exploratoria en cuanto al material escrito sobre la historia precolombina en la zona seleccionada, además de estudios arqueológicos y antropológicos del tema que nos ocupa. Se considerarán los hechos tal como ocurrieron en su contexto, además de los procesos históricos y los cambios socioculturales que involucran a nuestro objeto de estudio. Se harán entrevistas a investigadores expertos en el tema para profundidad del estudio.

Tal investigación se hará desde un enfoque cualitativo en el sentido que habrá un plan de acción para recolectar información y acercarnos al fenómeno. Se hará un registro narrativo y audiovisual del objeto de estudio mediante técnicas como la observación participativa y las entrevistas no estructuradas.

Fuentes información

Cerrón, R. (2000). *Lingüística quechua*. Cusco: Centro de Estudios Andinos.

Choque, R. (1992). *La Cosmovisión Aymara*. La Paz: Talleres Gráficos Hisbol.

Gines de Lillo, M. (1941). *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*. En <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0024318.pdf> Obtenido el 5 de junio del 2011

Kauffmann, F. (1980). *Manual de arqueología peruana*. Lima: Peisa

Larraín, J. (2001). *Identidad chilena*. Santiago de Chile: LOM

Pizarro, P. (1986). *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*. Lima: Fondo Editorial.

Poma de Ayala, F. (1996). *Nueva Crónica y Buen Gobierno*. Lima: Pontificia Universidad Católica.

Porfirio, E. (2005). *Cultura Andina*. Puno: Editorial Altiplano.

Richard, N. (1998). *Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo: discurso académico y crítica cultural*. En <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/richard.htm> Obtenido el 5 de junio de 2011.

Ríos, L. (2009). *El niño inca: la verdadera historia del niño del cerro El Plomo*. Santiago de Chile: Editorial Pehuén.

Thayer, T. (1943). *Formación de la Sociedad chilena y Censo de la población de Chile en los años de 1540 a 1565*. Santiago: Editorial Clásico Moderno.

Valdivia, P. (1986). *Cartas de Relación de la Conquista de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

